

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

un secuestro en las estrellas

SILVER KANE



UN SECUESTRO EN LAS ESTRELLAS

SS Nº 1258

Autor: Silver Kane

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

Capítulo primero

EL INCREÍBLE CASO DE LA SEÑORA CROSSMAN

PROBABLEMENTE usted, amigo lector, habrá leído alguna noticia relacionada con este caso si es aficionado a hojear la Prensa extranjera. No todos los periódicos de todos los países publicaron la noticia del alucinante secuestro de la señora Crossman, pese a ser, sin duda, el más espectacular de la historia de Estados Unidos. Cuando la familia supo que la vida de la señora Crossman corría inminente peligro procuró, por todos los medios, que la Prensa silenciara el caso, a fin de no entorpecer las negociaciones con los secuestradores. Esa circunstancia, como usted sabe, se suele dar con cierta frecuencia.

Pero usted quizá quiera saber, ante todo, quién es la señora Crossman.

Verá.

Treinta años.

¿Usted sabe lo guapa que puede ser una mujer de treinta años cuando durante toda su vida ha estado bien cuidada?

Pues apunte.

Finísima piel de dama inglesa, aunque ella fuese norteamericana. Largas y esbeltas piernas que le gustaba adornar con el mejor nylon del país. Perfectas caderas de mujer que ha hecho vida sana. Sólidas curvas en un cuerpo que no había pasado privaciones jamás. Ojos rasgados y labios carnosos, un poco indolentes, un poco viciosos quizá, como corresponden a una mujer que está acostumbrada a gozar lo mejor de la vida.

Puede que ustedes conozcan a varias mujeres así. Quizá las tengan en sus sueños.

Bueno, pues ésa era la señora Crossman, casada con Spiro

Crossman, quien últimamente había hecho unas importantísimas inversiones en minas de oro en Sudáfrica, donde vivía de una forma casi permanente. Había quien decía que dejar sola en un lugar como Florida a una escultura como la señora Crossman sólo podía hacerlo un idiota.

Sin embargo no se le conocían aventuras.

Era una mujer fiel.

Sus largas piernas, sus sólidas caderas, sus labios un poco viciosos no habían dado motivos para que murmurara la gente.

Con estos datos ya puede usted conocer algo de la señora Crossman. Pero quizá le falten cosas para completar el cuadro: hay que decir, además, que practicaba una serie de deportes. No debe sorprenderse usted de que la señora Crossman practicara un deporte algo arriesgado como es el paracaidismo, pues muchas damas se entrenan en cosas que les proporcionen emociones nuevas. Fue en la gran exhibición de Sarasota Beach, en la costa occidental de Florida, cuando tuvo lugar el secuestro. Justamente el domingo 6 de enero de 1947, día de Reyes. Y ante más de cien mil personas, para que no faltase nada.

Les explicaré como fue.

Sólo cinco o seis hombres se dieron cuenta de lo que ocurría, pero no pudieron hacer nada para evitarlo. Los golpes más audaces son siempre los más sencillos. Y las nuevas técnicas del crimen han demostrado que las cosas se hacen mejor entre una gran multitud.

Cada año, el 6 de enero, el club Aeronáutico de Sarasota Beach organiza su gran concurso social de invierno. Imagino que usted no será socio del club Aeronáutico de Sarasota Beach. Yo no he podido serlo nunca por lo inmensamente caro que resulta. En el club Aeronáutico de Sarasota Beach usted puede despegar para un vuelo sobre los cayos de Florida, puede desatracar para practicar la pesca de altura en el golfo de México o puede dictarle cartas urgentes a su secretaria en el dormitorio que hay encima del garaje. Esta es la afición más practicada por los señores socios, de modo que a algunos se les podría decir con toda la razón: «¿Es este tu deporte? ¡Contamos contigo!»

Crossman y su mujer eran socios del club, y la preciosa hembra iba a participar este año en las pruebas del campeonato social. Primero hubo una exhibición de vuelo rasante con avionetas a

cargo de los Ángeles Azules. Hubo vuelos rasantes que ponían la piel de gallina. Luego actuaron algunos socios que eran expertos pilotos y, en último término, hubo concurso de lanzamiento en paracaídas masculino y femenino.

Todo resultó un éxito.

Los lanzamientos de señoras y señoritas quedaron para la escena final, como plato fuerte de la jornada. La señora Crossman dio el último salto de la gran exhibición.

Y entonces ocurrió la cosa.

La sucia y maldita cosa.

El avión desde el que se lanzó, a unos dos mil metros de altura, era un biplano «Dockeed» de modelo antiguo, pero de gran seguridad. Y cuando la mujer estaba cayendo ante las miradas expectantes del público, surgió aquel helicóptero de entre los rascacielos que bordeaban el lado sur de las playas. Al principio nadie se fijó en él.

Más tarde los técnicos tratarían de precisar algunos detalles y dirían que el helicóptero no tuvo que recorrer más de media milla para situarse encima del paracaídas de Melody Crossman. Pero lo cierto fue que nadie se fijó en gran cosa hasta que todo hubo ocurrido. La serie alucinante de cosas se desarrolló así:

El helicóptero apareció por encima de Melody Crossman.

Empezó a perder altura muy rápidamente, dando la sensación de que iba a aplastar con su peso el paracaídas de la mujer. Fue entonces cuando la gente, que no entendía nada, empezó a contener la respiración.

Aqué! era un ejercicio mortal, un ejercicio de todos los diablos.

En cuestión de segundos, un hombre sujeto a un cable descendió de la cabina del helicóptero y se situó tres yardas debajo de Melody Crossman, tendiendo los brazos hacia ella.

A todo esto el helicóptero aplastaba materialmente la copa del paracaídas y la destrozaba. El cable del que colgaba el hombre también había partido la fina seda.

El descenso de la mujer se convirtió, en cuestión de segundos, en una caída mortal hacia los abismos.

Y se hubiera destrozado aquel hermoso cuerpo contra la arena de no haber sujetado el hombre del cable a Melody Crossman cuando ella empezaba a caer. Desde la cabina del helicóptero

maniobraron entonces con una gran habilidad para apartarse. Todo ocurrió en unos segundos. La señora Crossman y aquel desconocido desaparecieron en el interior del moscardón mientras alguien cortaba con gran habilidad las cinchas del paracaídas. Este voló suavemente por los aires, como una gran mariposa muerta, mientras el helicóptero desaparecía entre los rascacielos otra vez.

Entonces se escuchó a todo lo largo y ancho de la playa una de las ovaciones más atronadoras, más espontáneas, más fuertes que se recordaban en la zona de Sarasota y Saint Petersburg. La inmensa mayoría de la gente creía haber visto una prueba fuera de programa. Y estaba admirada, entusiasmada casi ante la perfección de aquel «salvamento».

Pero ni el helicóptero ni Melody Crossman volvieron.

Al contrario, no se supo nada hasta un día más tarde.

Cuando sus familiares más íntimos recibieron aquella petición que sobrepasaba todo lo que hasta entonces se había producido en Estados Unidos en un caso semejante:

«SI QUIEREN VOLVER A VER A MELODY CROSSMAN. PAGARAN TRES MILLONES DE DÓLARES EN EFECTIVO. EMPIECEN A REUNIRLOS CON URGENCIA. RECIBIRÁN MAS NOTICIAS.»

Capítulo II

EL INCREÍBLE CASO DE LA SEÑORA KEYTON

CUANDO todas estas circunstancias se produjeron, es decir el domingo 6 de enero y el lunes 7 de 1974, yo estaba en las oficinas de la policía de Tampa realizando unas investigaciones. No soy policía, como ustedes saben, sino más bien un escritor algo tronado al que de vez en cuando ven por comisarías y periódicos para investigar casos extraños, algunos de los cuales no tendrán solución nunca. Y estaba allí, repasando datos, cuando llegó Murrigan.

Murrigan, como tantos otros perros sabuesos de la policía de Florida, tiene más trabajo en invierno que en verano. Porque en verano van a Florida los oficinistas que se pagan el viaje a plazos, pero en invierno frecuentan sus playas los millonarios más importantes. Y Murrigan es jefe de detectives, era uno de los hombres que más posibilidades hubiera tenido de hacerse rico caso de oír las palabras que invariablemente le dirigían los banqueros pescados in fraganti cuando la chica no tenía más remedio que salir de debajo de la cama: «Una aventurilla con una secretaria de quince años no tiene tanta importancia, hombre... Esto podemos arreglarlo entre usted y yo...»

Pero aquella mañana Murrigan no pensaba en todas esas cosas, sino en el increíble secuestro de Melody Crossman. Pasó como un rayo por el despacho donde estaban los hombres de su brigada, penetró en la sala donde solían hacerse las proyecciones y gritó:

—¡Todos adentro!

Como yo estaba en el despacho, me consideré llamado también, aunque supongo que Murrigan no se refería a mí de ninguna manera. De todos modos tampoco se fijó en quién entraba. La puerta se cerró y, en la oscuridad, empezaron a ser proyectadas

sobre la pantalla algunas fotografías en color que los aficionados habían estado obteniendo durante el secuestro de Melody Crossman. Creo que fue entonces cuando bastantes perros de presa de la brigada empezaron a darse cuenta de que aquello no había sido una «exhibición», sino algo mucho más serio.

Luego Murrigan hizo reproducir a gran tamaño la carta que acababa de recibir la abuela de Melody Crossman.

Era aquella en que se pedían tres millones de dólares.

De pronto nos dimos cuenta de que nos hallábamos ante el secuestro más importante del país. Mucho más importante que el del nieto de Paul Getty.

Murrigan hizo encender las luces.

—Como todos han visto —gruñó—, la carta está compuesta con letras entresacadas y recortadas de al menos seis revistas diferentes. Hemos comprobado que son antiguas, de modo que no se puede averiguar en qué sitio pudieron ser compradas. Aparte de eso, seguir la pista de todos los que han comprado últimamente el Time o el Newsweek sería una tarea de locos.

Creo que todos estábamos estupefactos.

Incluso yo, que nada tenía que ver con aquello.

Murrigan continuó:

—Las escenas que acaban de ver ustedes corresponden al secuestro más audaz de la historia de este condenado país. Los que hicieron ese trabajo se valieron de la confusión reinante: todo el mundo creyó que aquélla era una fascinante prueba fuera de programa.

Alguien preguntó:

—¿Lo creen aún?

—Muchos, sí.

—¿Y la Prensa?

—Los periódicos locales han hablado de eso como de una exhibición deportiva ejemplar. Aún no sospechan la verdad, como no la sospechó la misma familia Crossman hasta recibir la nota que acaban de ver. Por supuesto que la familia se está moviendo para que los diarios no publiquen nada a ser posible. Si hay que tratar con los secuestradores, será mejor que nadie se interponga.

Todos asintieron.

Murrigan continuó:

—Por lo tanto vamos a trabajar tranquilos durante las próximas horas, si es que se puede llamar tranquilidad a esto. El secuestro tiene primacía absoluta, de modo que nos dedicaremos al caso Crossman. He avisado ya al marido para que regrese de Sudáfrica.

—¿Estaba de verdad allí? —preguntó un agente.

—Sí. Lo he comprobado. Él también puede ser un sospechoso.

—¿Qué dice la familia?

—La familia, en realidad, es la abuela de Melody Crossman —dijo Murrigan mientras casi se tragaba un cigarrillo a causa de su nerviosismo—. Ella es la jefa del clan, la que hizo una fortuna con los pozos de petróleo de Oklahoma y las urbanizaciones de Miami. A sus setenta y dos años sigue teniendo la energía que tenía a los cuarenta, de modo que la última palabra la dirá ella. Y, por el momento, ella dice dos cosas: Primera, que no admite ninguna publicidad sobre el caso. Segunda, que no quiere pagar.

Hubo un murmullo de asombro entre los que estábamos allí.

Un sargento veterano preguntó:

—¿No quiere a su nieta?

—Naturalmente que la quiere. Y mucho. Pero no está de acuerdo con ella desde que se casó con Crossman.

—¿Por eso la dejaría morir?

—No, de ningún modo. Terminará pagando, pero de momento prefiere luchar. Es una vieja leona. Y como los secuestradores no fijan de momento un plazo, vamos a pasar todos a la acción. Quizá tengamos tiempo. Ni que decir tiene, que la vieja ha contratado también a los cinco mejores detectives privados de Florida.

El subjefe de la brigada preguntó:

—¿El anónimo está siendo investigado por los técnicos, no? ¿Y el helicóptero?

—Es un modelo anticuado de la Marina. Lo compraron en una subasta y lo han reparado. Hasta ahora debe haber estado oculto en un cayo de Florida, porque en ningún club hay registrado un cacharro de esas características.

—¿Un refugio para un helicóptero? ¿Y guardado durante más de un año? Eso significa una inversión de dinero más que respetable.

—El asunto vale la pena, ¿no? —gruñó Murrigan—. Si sacan tres millones de tajada, las inversiones que hayan hecho les parecerán de risa.

—¿Y el hombre? El que bajó por el cable —murmuró el especialista en identificaciones.

—No se sabe nada de él —dijo Murrigan—. Sólo que es un experto, quizá un ex aviador. Y que es joven y musculoso, con un metro noventa de altura y un calzado del 44. Las medidas antropométricas de la foto dan ese resultado. Pero de la cara nada, porque llevaba casco protector y además fue enfocada desde demasiada distancia.

—No resulta mal principio para investigar entre las amistades de los Crossman —opinó el detective—. ¿Hay algún sospechoso?

—De momento uno que estuvo a punto de casarse con Melody Crossman y al que ella despreció. Podría tener interés en vengarse y en sacar una buena tajada encima. Está mal de fondos porque acaba de salir de la cárcel. Y todos los datos concuerdan: uno noventa de estatura, 44 de calzado y ex aviador. Me estoy refiriendo a Jess Malone.

Hubo un suspiro general de alivio.

Todos pensaron lo mismo: todos pensaron que ya tenían al hombre.

Pero Murrigan, más cauteloso, gruñó:

—La experiencia me dice que cuando demasiadas cosas concuerdan es que algo no marcha bien. Si el secuestrador fuese Malone, como todo parece indicar, no habría sido tan imbécil como para exhibirse ante cien mil personas, aunque fuera a gran distancia. Tenía que dar por descontado que muchos aficionados le fotografiarían y que nosotros ampliaríamos las placas. De todos modos hay que dar con él. Los tres hombres del grupo de Acción os dedicaréis a eso.

Yo sabía muy bien lo que era el grupo de Acción.

En toda brigada hay algunos hijos de perra. Allí había tres. Y los tres formaban ese cochino grupo que hacía los trabajos sucios, que interrogaba a la gente, que le partía dos costillas «por un accidente inexplicable», que desnudaba a las mujeres para que se hundiesen moralmente en los interrogatorios y que siempre estaba dispuesto a jurar ante el juez, por los huesos de todos sus muertos, que ellos no habían tocado un pelo de la ropa a nadie. Pues bien, los tres hijos de perra se levantaron para hacerse cargo de Jess Malone.

Mal asunto para él.

Casi en la puerta, uno preguntó:

—¿La ficha de ese buitre está correcta?

—Sí —dijo Murrigan—. La he consultado antes y en ella figura todo. Aunque supongo que no estará en su domicilio, empezad por ahí. Y mano dura.

Salieron echando bufidos, con los cuernos por delante.

Yo salí también. Lo hice disimuladamente, sin que nadie me viera. Porque yo también tenía algo que hacer o que decir en aquel asunto de Jess Malone.

Pero había dicho que hablaría de Symphony Keyton

Y voy a hacerlo.

* * *

El Laurendale Club está entre Tampa y Saint Petersburg, en uno de los lugares más hermosos del país, en Treasure Island. Usted sale de Tampa por Columbus Avenue, deja a la derecha el aeropuerto, atraviesa la maravillosa bahía por la carretera número 40 y se encuentra en Clearwater, de cara al golfo de México. Desde allí sólo hay un paseo hasta Treasure Island, bordeando Pinellas Park y siguiendo la línea de Madeira Beach.

Un paseo para millonarios.

Playas de arenas doradas, palmeras tropicales, aire limpio del Sur, chicas que al andar parecen haber aprendido a mover las ancas en Hawai...

Fue entonces cuando vi a Symphony Keyton.

Estaba delante de mí y la acompañaba por el brazo una mujer de edad algo avanzada, de modo que ni me fijé en ella. Pero en cambio me tuve que fijar en Symphony Keyton porque no pude más, porque pareció como si una maldición hubiese imantado mis ojos. Symphony Keyton tenía unas líneas tan jóvenes y tensas, y al mismo tiempo tan llenas de vida, tan cargadas de plenitud, que no pude apartar la mirada de ella. Fue de pronto como una obsesión.

Vestía ropas ligeras. Andaba un poco envarada, como corresponde a una mujer que no hace maldito caso de los demás, y usaba gafas negras muy ajustadas a sus ojos. Yo comprendí que detrás de aquellos cristales tenía que palpar una mirada de hielo.

Hay mujeres que te das cuenta de que han de ser inhumanas, sin que sepas bien por qué.

Pero la seguí hasta la terraza posterior del club, que daba a la

playa. Me di cuenta de que allí estaba situado un campo de tiro. A prudencial distancia estaban los blancos, detrás de los cuales se encontraba el mar, en una zona donde no se dejaba pasar a nadie.

La chica, acompañada siempre por la mujer de edad, se situó en uno de los puestos de tiro, donde un instructor la saludó afectuosamente, porque sin duda la conocía. Quizá el tío esperaba sacar tajada de aquella amistad. Le dio una «Luger» de cañón extra largo y ella levantó el brazo poco a poco.

Jamás he visto movimientos más lentos.

Y que me dieran tal sensación de cosa precisa y exacta, de auténtica relojería suiza.

Cuando tuvo el brazo alzado a la altura que ella consideró justa, apretó el gatillo.

Fue un blanco perfecto.

Dio en el centro de la diana.

Sin mover un músculo, porque yo jamás he visto una quietud tal pese al retroceso de la pistola, disparó tres veces más. Las tres balas dieron también en el centro de la diana.

Sonaron unos cuantos aplausos entre los que estaban cerca.

Luego la muchacha volvió a la sala principal por el caminito asfaltado.

No me moví.

Fui tan estúpido que ella tropezó conmigo. Pero debo confesar que no lo hice a propósito.

—Perdón —musité—. Debí haberme apartado.

Ella se apretó un poco los cristales de las gafas negras, como si tuviese miedo de que se le cayeran.

—No se preocupe —musité—. Usted no lo sabe.

—¿Sé qué...?

—Pues lo que conoce bastante gente en el club. Pero usted no es de aquí, ¿verdad? Es la primera vez que oigo su voz.

Me sentí asombrado.

Mi voz...

¿Es que ella no se había fijado en otra cosa? Una mujer con aquella vista fabulosa para hacer aquellos fabulosos blancos, ¿no había podido darse cuenta de nada más?

—Creo que he sido un estúpido —musité—, y en efecto no soy de aquí. ¿Pero me permitirá que la invite a algo a pesar de todo?

Busco a una persona de este club y quizá usted pueda orientarme.

—¿A qué persona busca?

—A Jess Malone.

—Lo conozco —dijo.

Y se sentó en una de las butacas que había en un rincón penumbroso. Eso quería decir que aceptaba mi invitación. Le pregunté si un Martini le apetecería a aquella hora.

—Sí, gracias.

Hice una seña a un camarero para que trajese dos.

Y entonces ella musitó:

—Perdone.

Y se quitó las gafas para limpiar los cristales con un papel de fumar.

Entonces fue cuando quedé asombrado.

Aterrado casi.

Porque no lo entendía.

Porque no podía creerlo.

Fue entonces cuando vi que sus párpados eran dos puras cicatrices. Los párpados estaban materialmente abrasados. La muchacha era una ciega absoluta y total, una víctima a la que parecían haber destrozado meticulosamente los ojos con un hierro al rojo blanco.

Ella bisbiseó:

—¿Sorprendido?

No supe qué decir.

La mano se posó entonces en mi espalda suavemente, como un gesto de amistad o como una amenaza. No hubiera sabido decirlo.

Capítulo III

EL INCREÍBLE CASO DE JESS MALONE

ME volví y encontré a Jess Malone. He de confesar que no me sorprendió verle allí, sino al contrario, porque si yo había ido al Laurendale Club con toda urgencia era para encontrarle y ponerle sobre aviso antes de que la policía diese con él.

La policía no debía saber que Jess era un asiduo del Laurendale Club, de modo que tardarían un poco en buscarle allí.

Por eso yo había querido avisarle a tiempo.

Pero si Jess Malone había secuestrado a su antigua prometida ante cien mil personas y pedía tres millones de rescate, ¿iba a estar allí tan tranquilo, exhibiéndose?

¿O quizá eso justamente formaba parte de la farsa?

Jess Malone, que no era ciego como la chica ni mucho menos, debió notar algo raro en mi cara, porque susurró:

—¿Qué tienes?

—Nada. Es que...

—Oh, ya comprendo. Has visto disparar a Symphony Keyton.

—Sí.

—Y no comprendes que una ciega pueda hacer eso.

—La verdad es que no.

—Symphony Keyton —me explicó Jess, después de que yo oyera por primera vez el nombre de la muchacha— fue una magnífica campeona en Kuwait. Pero ella no vivía allí, sino en otro sultanato del golfo Pérsico. Estaba estudiando ingeniería aplicada al petróleo.

La muchacha ya se había puesto las gafas negras otra vez, y yo adiviné que, puesto que me había mostrado el espectáculo horrible de sus ojos, no le importaba en absoluto la opinión de los hombres. Sin duda estaba de vuelta de todas las cosas. ¿Y eso a su edad? ¿Por

qué?

Jess Malone se ocupó de explicármelo, mientras se bebía tranquilamente el Martini que me habían servido a mí. Con voz inexpresiva dijo:

—Todo esto lo saben los miembros del club, ¿entiendes? Cuatro años antes Symphony se dejaba caer por aquí y maravillaba a todos por su puntería. Cuando regresó quiso demostrar que no era una inútil. Y lo demostró. Ya ves cómo tira.

—Pero...

—Es un simple problema de equilibrio y de nervios —dijo Jess, anticipándose a mi pregunta—. A ella le basta con que la coloquen ante el blanco y le den un arma que conozca. Como los blancos siempre están a la misma distancia, tienen la misma altura y ella ha tirado miles de veces, sólo ha de alzar el brazo derecho a la altura exacta en que lo hacía antes. Vete a saber la formidable concentración que se necesita para eso, pero lo consigue. Y no falla.

Terminó el Martini y añadió sin dejarme hablar, puesto que la chica no despegaba los labios:

—Quizá te preguntes cómo es que sé de Symphony más cosas que los otros.

—Eso es. ¿Cómo las sabes?

—Estuvimos a punto de emparentar.

—¿Tú y ella?

—Sí. Ella es prima de Melody Crossman. Symphony y Melody. Las dos tienen nombres musicales por capricho de su tiránica abuela, la auténtica jefe del clan.

—Ya sabía que estuviste a punto de casarte con Melody —dije mirándole fijamente—. Hace mucho que no la ves, supongo.

—Sí. Hace mucho.

Su naturalidad me dejó totalmente desconcertado.

Daba la sensación de que ni siquiera se había enterado de lo del día anterior.

Y enseguida continuó hablándome de Symphony Keyton, como si la preciosa muchacha fuera la única cosa digna de interés que había en toda la península de Florida.

—Era un mal sitio para que viviera una muchacha como ella, ¿sabes? Aquellos sultanatos son basura. Los jeques viven como reyes de la Edad Media gracias al petróleo mientras la gente se muere de

hambre. Y resultaba inevitable que se fijaran en la chica.

—¿Aún hay harenes allí?

—Los mejores del mundo. Canela fina.

—¿Y... qué pasó?

—Aquellos tipos suelen comprar chicas en Beirut e incluso en ciudades occidentales. Al ver a Symphony quisieron negociar su compra con la compañía en que trabajaba.

—¿Comprarla a la compañía? —preguntó con asombro—. ¿Y... qué pasó?

—La compañía les envió al infierno, y al mismo tiempo pidió a la chica que se largara de allí con la máxima urgencia. Pero ella remoloneó un poco. Fue tonta. A la mañana siguiente la habían llevado a una de las casas del jeque.

Me estremecí mientras miraba a la muchacha. Todo aquello me parecía algo irreal, pero era cierto. No sólo porque me lo decía Jess, sino porque algunos informes que yo tenía confirmaban que aquel mundo de la Edad Media existía de verdad.

Symphony seguía guardando un total silencio.

Mi amigo continuó:

—El muy honorable jeque quiso probar su piel, pero se ve que ella le dio un puntapié en... en... Bueno, al jeque le dijeron sus médicos que no iba a poder probar más chicas en dos años. Entonces ideó su terrible venganza. ¿Has leído la historia de Miguel Strogoff?

—No puedo creerlo...

—Todo el mundo la conoce —dijo Jess con la mayor tranquilidad mientras se bebía también el Martini de la chica—. Pues bien, con Symphony hicieron algo parecido, pero empleando tenazas.

Yo había quedado sin habla.

Miraba aterrorizado aquellos cristales negros de las gafas detrás de los cuales sabía ya que no había nada, nada absolutamente.

—Pero surgirían reclamaciones diplomáticas... —dije—. Estados Unidos son una nación poderosa...

—Lo intentaron —dijo—, pero faltaban pruebas. El jeque atribuyó aquello a unos bandidos. Incluso, como gesto de buena voluntad, hizo decapitar en público, delante del edificio de la compañía, a un par de pobres tipos, y a Symphony no le quedó más

remedio que volver a su casa, a Estados Unidos.

Lástima que yo no tuviera nada que echarme a la boca, porque ahora necesitaba un trago más que nunca. Miré lo que podía verse de la cara de la chica y pensé que aquellas gafas eran piadosas al taparle medio rostro. Luego me volví hacia Jess Malone sin recordar las verdaderas razones que me habían impulsado a llegar hasta allí.

Yo pienso que entonces había perdido el mundo de vista.

Musité:

—¿Y no ha podido hacerse nada? ¿Nada excepto callar?

El hizo un gesto lleno de desenvoltura, como de caballero que no se preocupa por las cosas pequeñas. Y una cosa pequeña podía ser el destino de aquella mujer.

A continuación me preguntó la cosa más sorprendente del mundo.

—¿Quieres bañarte, muchacho?

—¿Bañarme en enero?

—¿Por qué no? El agua siempre está templada en el golfo de México. Y aquí no hay enero. Estamos casi en la línea de los Trópicos.

—No lo digo por eso. Es que ni tengo bañador, ni soy socio del club ni he venido para zambullirme en el agua.

El ignoró olímpicamente todas aquellas razones que estaban cargadas de sentido común.

Me pasó la mano por la espalda y me dijo:

—Hala, vamos. Los amigos de los socios también pueden disfrutar de los vestuarios y de la playa. Te dejaremos un bañador.

No sé qué demonios fue lo que me convenció para acceder a aquella invitación absurda. ¿Quizá el pensamiento de que en el agua podríamos hablar sin testigos y podría darle el delicado mensaje que le tenía que dar? No sabría decirlo. El caso fue que pocos minutos después nos zambullimos en el agua, que estaba sólo razonablemente templada, y nos alejábamos nadando de la costa.

Llegamos a un punto en el que parecía haber los restos de un yacimiento de coral. De pronto, al llegar allí se detuvo, me hizo una seña para que le siguiera y se sumergió.

Había que ver la habilidad que tenía el tío.

Y qué pulmones.

Yo no era como él, pero tampoco puedo considerarme un

aprendiz. De modo que nos hundimos y bordeamos lo que había sido un arrecife de coral en otro tiempo. La cosa tenía su miga, porque a veces, en aquellas aguas, acechan los tiburones.

Vi que Jess Malone se dirigía hacia los restos de una canoa embarrancada después de hundirse. Luego, cuando mis pulmones empezaban a fallar, nos encontramos ante la cabina de la lancha, cuyos cristales estaban completamente tapados por las algas.

Jess abrió la única puerta valiéndose de una llave que, increíblemente, funcionó. Supongo que la había impregnado de una grasa especial que venciera la natural oxidación del pequeño mecanismo.

Y entonces me enseñó lo que había dentro.

Y entonces vi al muerto.

Capítulo IV

EL INCREÍBLE CASO DEL JEQUE AL AKBAR

LO único que faltaba a mis pulmones, que ya estaban estallando, era aquella visión del infierno dentro de la cabina. Mientras la portezuela estuvo abierta, dos docenas de peces que, sin duda, habían estado esperando aquel momento, se colaron de rondón y empezaron a darse un festín con el cadáver, o con lo que quedaba de él. Me juré a mí mismo no volver a probar pescado en lo que me quedaba de vida. Ni carne. Me pareció que siempre tendría aquella cara descompuesta ante los ojos.

Jess Malone no perdió la calma.

Como el tío sabía lo que íbamos a encontrar, no se había impresionado en absoluto ante el instructivo espectáculo.

Volvió a cerrar, guardó la llave en el pequeño bolsillo de su bañador y se remontó detrás de mí a la superficie.

Yo ya estaba respirando ansiosamente, fuera del agua. Lo que acababa de ver por sorpresa me dejaba sin fuerzas. Incluso me pareció que no iba a poder sostenerme en el agua. Jess Malone flotó a mi lado mientras preguntaba:

—¿Sorprendido?

—Maldito seas mil veces. Un poco más y ya no puedo salir. Me ha parecido ahí abajo que me quedaba sin sangre.

—No tanto, hombre, no tanto. Sólo lleva dos semanas ahí dentro. Imagina cómo estará cuando lleve dos meses.

—¿Quién lo metió en esa canoa?

—Yo.

—¿No temes que lo vean?

—¿Por qué? Los cristales están completamente tapados por las algas. Y tan comidos por ellas que no se ve el interior aunque las

aparten.

—Pero la puerta...

—Sólo yo tengo la llave. Una noche, empleando escafandra y depósitos de oxígeno, destruí la cerradura antigua e instalé otra muy resistente al desgaste del agua, de la que sólo yo poseo una llave convenientemente preparada.

—Pero la gente puede sentirse atraída por esa canoa hundida. Pueden hurgar en ella.

—Ya no llama la atención a nadie. Lleva dos años allí. Por eso la elegí. Y los escafandristas no se acercan porque la zona está frecuentada por los tiburones.

Me estremecí.

Cualquier movimiento bajo mis pies en el agua me hacía sentir el escalofrío del mordisco en las piernas que me hundiría en los abismos.

Pero Jess seguía tan tranquilo. Dijo con la voz más apacible del mundo:

—Aquello es como tener enterrado al tío en un sitio absolutamente seguro. Y dentro de poco no va a quedar de él ni la médula de los huesos. Pasados dos o tres años, cuando lo descubran, lo que quede de él cabrá en una cajetilla de tabaco. Ya ves... Tan cerca de la playa y tan cerca de uno de los clubs más elegantes de Florida.

—Pero en nombre de todos los infiernos —dijo—. Has ocultado un cadáver al que supongo que «fabricaste» tú. Te has cargado a un tío. ¿Pero quién es? ¿De dónde ha salido?

—Es el jeque Al Akbar.

—El je... je... je...

—Sí, hombre, el que le hizo eso a Symphony. O el que lo mandó hacer, lo mismo da. Como esos buitres pasan buenas temporadas al año en Florida, cierto día se dejó caer por el Laurendale mientras yo estaba con la muchacha.

—¿Y... te lo cargaste?

—Estrangulamiento con sólo cuatro dedos. Lento y seguro. Una técnica nueva que me hubiera gustado patentar, pero no me dejan.

—En nombre de todos los diablos, Jess... ¡tú acababas de salir de la cárcel!

—Bah... Una pelea callejera con unos gamberros que querían

ultrajar a una chica. Dejé sin dientes a dos, pero no sé de qué se quejaron si al fin y al cabo los tenían llenos de caries.

Seguí dando vueltas en torno a aquel tipo increíble, mientras lo miraba cada vez con más fijeza.

—¿Lo hiciste por venganza, Jess Malone?

—¿Qué pensabas? ¿Que iba a estarme quieto mientras aquel buitro se dedicaba a pellizcar nalgas en las playas de Tampa, mientras a la hora del aperitivo veía los ojos de Symphony y admiraba su «obra de arte»?

—Es posible que yo también lo hubiera hecho, Jess.

—¡Pues entonces!...

—¿Nadie sospecha de ti?

—Nadie. Vinieron un par de detectives, supongo que pagados por el sultanato, pero se fueron con el rabo entre piernas.

—¿Y por qué no hundiste el cadáver en alguna marisma?

—Por el coche, maldita sea. El coche no podía hundirlo ni podía llevarlo a otro sitio conduciéndolo yo porque era muy llamativo y se hubiesen fijado en mí la mitad de las zorras de Florida. Entonces pensé que si encontraban el coche junto a una marisma empezarían a dragar esa marisma hasta que no quedaran ni los cangrejos, y por lo tanto aparecería el fiambre. Por eso, como ya tenía la vista echada a aquella canoa sumergida, me llevé el bulto en mi automóvil y por la noche lo hundí en el sitio que tú has visto.

Se puso a nadar también a mi lado mientras gruñía:

—Por lo tanto dan a ese buitro por desaparecido. Supongo que estarán buscando en todas las casas de citas clandestinas de Florida.

Mientras nadábamos hacia la playa, me fijé mejor en aquel extraño individuo que tenía la virtud de desconcertarme por completo. Detective hasta que le retiraron la licencia, ahora estaba sin trabajo. ¿De qué cuernos vivía?

Como si hubiera adivinado mis pensamientos, dijo:

—Doy clases de judo y de karate. Y de técnicas especiales, claro. Como la de ahogar a un tío con sólo cuatro dedos, puedes imaginarlo.

—Jess, vuelvo a pensar que eres un hijo de perra, pero también eres el tío más desconcertante que he conocido. ¿Por qué me has enseñado al muerto?

—Porque sé que nunca me traicionarás. Somos amigos desde

hace demasiados años para que caigas en una tentación así. Y porque creo que vivirás más tranquilo si sabes que aquel sucio crimen no ha quedado sin venganza.

—Gracias por ocuparte de la bondad de mis sueños, Jess. Pero estoy pensando que tú eres el fulano que puede estar necesitando a gritos tres millones de dólares.

—¿Tres millones? ¿Yo? ¿Y qué haría con tanto dinero?

—¿No lees los periódicos? Han publicado algo entre líneas, aunque todavía no saben por dónde andan.

—Hace un par de días que no los leo. Eso es. Un par de días.

—¿Por qué razón?

—Le saco algún dólar a una viuda miope y no es justo que encima le dé complejos de inferioridad. Hago ver que a mí también me cansa la lectura.

—Pero sabrás que Melody Crossman, la mujer a la que estuviste prometido hasta que ella te echó porque eras demasiado pobre, hizo una exhibición paracaidista en su club.

Le vi palidecer.

Aquello no fue fingido.

Y entonces me alegré de haber venido a avisarle. Entonces fue cuando me dije a mí mismo que él no podía ser culpable. Por el contrario, ahora su cerebro había sufrido un verdadero shock. Ahora estaba pensando que quizá Melody había muerto al no abrirse su paracaídas a tiempo.

—No es lo que imaginas —le tranquilicé—, pero puede llegar a ser peor. Escucha...

Y mientras nos sosteníamos en el agua, nadando muy lentamente hacia la costa, le hice una explicación sucinta de todo lo que había ocurrido. Él fue quedando lívido. Por primera vez, su flema y hasta su insigne cara dura fueron desapareciendo.

Murmuró:

—¿Y la policía me busca?

—Eres el principal sospechoso, y razones no les faltan para ello. Tienes algún motivo para despreciar a Melody, conoces sus costumbres y sabes por qué flanco atacar a su familia. Por otra parte, eres ex aviador. Y lo que muestra la fotografía tomada a distancia coincide contigo. Ni más ni menos que eso.

—Pues ya es bastante.

—He venido a avisarte a toda prisa porque la policía te buscará durante todo el día de hoy por una serie de sitios hasta que alguien recuerde que eres socio del Laurendale Club. Creo, por tanto, que aún te queda un margen de dos o tres horas para ocultarte, hasta que demuestres tu inocencia.

Noté que reflexionaba angustiosamente.

Sus ojos me miraban con tal fijeza que llegaron a hacerme daño.

—Si quieres puedes venir a mi apartamento —dije—. Tengo uno alquilado cerca de Temple Terrace por lo que queda de mes.

—No, no quiero comprometerte, muchacho. Bastante has hecho por mí. Y procura que, de ahora en adelante, no nos vean juntos nadie.

—¿Qué piensas hacer?

—Lo que tú mismo has dicho: tratar de demostrar mi inocencia. Y tratar de librar a Melody de la suerte que le espera.

—¿Es que esa mujer aún significa algo para ti?

—Significa muchas cosas, aunque luego se casara con otro. Significa tanto que no dejaré que muera.

—No te preocupes; su familia pagará.

Hizo un gesto dubitativo.

Y nadó vigorosamente para alejarse de mí. Era cierto que no quería que nos viesen juntos. Yo fui hacia la playa poco a poco mientras sentía que las fuerzas iban volviendo a mis músculos.

Ese fue el principio de la historia. Mucho de lo ocurrido después lo contaré a través de terceras personas, según la forma como supe que había ocurrido.

Capítulo V

EL INCREÍBLE CASO DEL TREN QUE LLEGO EN PUNTO

MURRIGAN entró en su despacho y vio reunidos allí a todos los hombres de su brigada. Vio la más perfecta colección de inútiles, de vagos, de mangantes, de sobones, de homosexuales en potencia. Luego arrugó un paquete de cigarrillos que aún no estaba vacío y lo arrojó al suelo mientras mascullaba:

—¿Nada?

—Nada, jefe —gruñó uno de ellos—. Ni los del servicio de Acción ni nosotros hemos podido echar la vista encima a ese tipo. Ayer estaba en el Laurendale Club, pero parece que alguien le dio el soplo. En cuanto al anónimo...

Un hombre alto, con gafas y con aspecto de profesor arruinado, se levantó para dar la explicación que el otro no hubiera sabido dar.

—El anónimo —dijo—, ha sido analizado. Precisamente por su misma vulgaridad no hay forma de sacar la menor pista de él. No hay huellas porque se trabajó con guantes. Las letras están pegadas en un papel normalísimo, del que venden para cartas en cualquier tienda de la ciudad. Las letras están recortadas de revistas ya antiguas. Hemos ido anotando una Bodoni, una Karnak, una Record, una Tempo Heavy...

—No me interesa —masculló Murrigan—. No tengo intención de poner una imprenta jamás. Lo único cierto es que no se sabe nada, ¿verdad?

—Nada.

—¡Hatajo de gandules!...

—Jefe, nosotros...

—¿Cuánto tiempo pensáis que va a tardar la noticia en dar la vuelta al país? ¿Cuánto tiempo creéis que va a pasar sin que alguien

pregunte dónde demonios ha ido a parar Melody Crossman?

—Tampoco podemos hacer nada más —gruñó uno de los de Acción.

Murrigan iba a decir algo, pero tuvo que callarse porque en aquel momento alguien entró en el despacho.

Le trajo aprensivamente algo en un portapapeles de plástico.

Murrigan lo leyó.

Era el segundo de los anónimos, el que forzosamente tenía que llegar después de las vagas noticias del primero. Decía:

«UNA SOLA OPORTUNIDAD: O ACEPTAN O

MAÑANA VERÁN EL CADÁVER DE MELODY CROSSMAN.

QUIERO LOS TRES MILLONES EN BILLETES DE A 50 Y 100.

MÉTANLOS EN UNA MALETA NEGRA Y ESTÉN CON ELLA EN LA MANO EN EL ANDÉN DOS DE LA ESTACIÓN DE TAMPA A LAS 21,50 EN PUNTO, AL PASO DEL EXPRESO QUE VA A MEMPHIS. DETÉNGASE EN EL SITIO DONDE PARA EL VAGÓN DE COLA. QUIEN LLEVE LA MALETA DEBERÁ LLEVAR EN LA OTRA MANO UN EJEMPLAR DEL HALL STREET JOURNAL.»

Nada más.

Murrigan lo miró, lo olió, lo lamió casi. Poco le faltó para morderlo.

Pero sabía que nada iba a sacar de él aunque lo hiciera examinar por los mejores técnicos. Era abrumadoramente parecido al otro. De modo que Murrigan se abalanzó sobre el teléfono y pulsó el botón correspondiente al despacho del jefe superior.

—Ha llegado —dijo.

—Lo sé, por descontado. Soy yo quien se lo ha hecho enviar, Murrigan.

—Perdone, señor.

—¿Qué le parece?

—Bastante ingenuo, señor.

—No tanto. Por lo pronto, nada podremos sacar del papel ni de las letras.

—Eso vamos a dejarlo al margen. Pero una estación ferroviaria pequeña es muy fácil de vigilar —dijo Murrigan.

—Precisamente por ser pequeña no resultará tan sencillo el trabajo. El autor del mensaje no dice que el del dinero vaya solo, pero se sobreentiende que si algo fracasa la mujer morirá.

—De todos modos sigue pareciéndome que ha elegido un mal sitio. ¿La familia ha podido reunir el dinero, señor?

—Aún no.

—¿Pues qué haremos? ¿Y qué dicen ellos?

—Están dispuestos a pagar. Llevarán un millón, que es todo lo que tienen ahora. Y una nota en la que prometen pagar el resto si les dejan veinticuatro horas más.

—Con lo cual existe una doble posibilidad de cazar al que recoja la pasta.

—Sí.

—¿Y qué cree que harán los secuestradores, señor?

—Supongo que aceptarán si se hacen con ese primer millón. Pero de todos modos no se va a producir ni siquiera el caso. Atraparemos al que haga ese primer servicio y le obligaremos a hablar.

Murrigan miró aprensivamente el aparato.

—Me he expresado mal. Quiero decir que seguiremos al del dinero y sabremos así dónde está toda la banda.

—Es arriesgado —dijo Murrigan—, pero factible. Usted debe saber que el expreso que va a Memphis no para en Tampa, pero aminora la marcha notablemente.

—Sí, por supuesto.

—Doy por descontado que el emisario de los secuestradores viaja en el tren y precisamente en el último vagón. Apostaría a que es un hombre fuerte y muy ágil. Arrancará la maleta de las manos del tío que esté esperando y volverá a meterse en el tren.

—Donde lo capturaremos enseguida.

—No. Supongo que no será tan tonto como para esperar a que el convoy llegue a la próxima estación, donde le estaremos esperando. Contará con arrojar en marcha dos minutos después, y esos dos minutos después nos llevan a la curva de Causseway boulevard. Conozco la línea como si la hubiese parido yo —añadió Murrigan—. No puede saltar en ningún otro sitio hasta atravesar la frontera del Estado. Y allí le estaremos esperando.

El jefe susurró:

—Puede que no lo haga exactamente así.

—¿Pues qué otra cosa puede hacer?

—El helicóptero, el famoso helicóptero que se llevó a Melody

Crossman. Volando sobre el tren a la salida de la estación, puede recoger al individuo con un cable.

—Consideraremos esa posibilidad. Le diré lo que vamos a hacer, señor —dijo Murrigan.

—¿Qué?

—Situaré cuatro helicópteros, cuatro, en las cercanías de la estación, prácticamente parados, mientras el expreso de Memphis pase por allí. Si ven al de los secuestradores lo abatirán. Les daré armas adecuadas.

—Bien...

—Destacaré agentes en el tren, desde que inicie su viaje. La mitad de los pasajeros serán policías. Y en cuanto echen el ojo a alguien con capacidad para el numerito de la maleta, van a estar tan cerca de él que le echarán el aliento a la cara.

—Confío en sus hombres de Acción, Murrigan, pero que no exageren.

—En la estación montaré un servicio especial. Esta noche los maleteros, los empleados y los que estén en la sala de espera serán hombres nuestros. Por fin, situaré coches patrulla en el punto donde presumiblemente va a saltar el mensajero y le seguiremos.

—Quiero coches camuflados, Murrigan.

—No se preocupe; me ocuparé de eso.

—Y que no se note desde lejos que los que los ocupan son policías. Quiero decir que no escupan, que no insulten a los negros que pasan, que no jueguen a los dados dentro del coche, que no estén borrachos, que no intenten echar mano a cada golfa que pase y que no digan a gritos que ganan muy poco. ¿Entiende?

—No sé si habrá algún policía que pueda estar más de media hora sin hacer eso, señor.

—Pues búsquelos. Siempre habrá algún novato que no esté maleado, digo yo.

—Bien, señor. Haré excavaciones.

Y Murrigan colgó.

A partir de entonces cada minuto contaba, a pesar de que quedaba bastante tiempo por delante. La movilización fue total, pero se hizo discretamente por si alguien vigilaba la sede central de la policía.

El expreso iba atiborrado de policías, pero nadie lo hubiera

dicho a no ser porque a uno se le cayó dos veces la placa, y porque otro amenazó con las esposas a un camarero negro que le pisó sin querer, la operación hubiese sido un éxito.

Varios coches camuflados fueron apostados en la curva de Causseway boulevard.

Cuatro helicópteros despegaron de puntos clave dos minutos antes de que el tren llegara a Tampa. Y prácticamente quedaron parados en el aire vigilando la estación.

Quedaba un punto por determinar: ¿quién llevaría la maleta con el millón de dólares y la nota de súplica?

Hasta los últimos momentos no se supo bien quién iba a encargarse del trabajo, porque la familia no acababa de estar de acuerdo en eso. Al principio se pensó en contratar los servicios de un detective profesional, pero eso alarmaría a los secuestradores. Por ello se decidió que fuera a la estación una persona incapaz de despertar sospechas: el propio tío de Melody Crossman, un hombre de sesenta años que andaba con dificultad.

La estación estaba materialmente tomada por la policía cuando se oyó el traqueteo del tren, aunque nadie hubiera podido notarlo. En apariencia todo era normal.

Normalmente el tren de Memphis llegaba a Tampa con dos minutos de retraso, a causa de las curvas de Riverview, pero ese tiempo lo recuperaba luego. Aquella noche, sin embargo, no se retrasó. Entró en la estación a la hora en punto.

La policía había «aconsejado» al maquinista. No se quería que por dos minutos de adelanto o de retraso pudiera irse al diablo todo.

El convoy aminoró la marcha al llegar a los andenes.

En el número dos estaba el viejo con una maleta en la mano y un ejemplar del Wall Street Journal en la otra. No había modo de confundirse. Se encontraba lo bastante cerca de la vía para que un hombre ágil y audaz le arrebatase la maleta desde un estribo del último vagón.

Todos los policías estaban atentos.

No se fijaban solamente en el último vagón.

Ese podía ser un detalle para desorientar.

Al viejo le podían arrebatar la maleta desde cualquier otro sitio. Por eso estaban controlados absolutamente todos los departamentos

del tren. La policía había localizado al menos a once sospechosos, once hombres capaces de hacer el trabajo en cierto modo acrobático que tendría que hacer el mensajero.

No se les quitaba ojo de encima.

También se contaba con la posibilidad de que alguien se acercase al viejo por el andén en el momento de llegar el convoy y le arrebatara la maleta.

Por eso los andenes estaban más estrechamente vigilados que una posición judía en el desierto del Sinaí. Nadie hubiera podido acercarse a la maleta y tener la menor posibilidad de escapar luego.

Una tensión agobiante se mascaba en el aire.

El tren redujo velocidad al entrar en agujas, pero de todos modos seguía rodando a unas veinte millas por hora.

Todos los ojos estaban hipnóticamente fijos.

Los músculos tensos.

Las manos sobre las culatas por si era preciso intervenir.

Todas las precauciones habían sido tomadas.

Y la figura del hombre quieto en medio del andén dos, un poco encogido por el peso de la maleta negra, parecía ser el centro del mundo aquella noche en la estación de Tampa. Docenas de miradas, de energías, de pensamientos, se habían concentrado en él.

El convoy iba pasando lentamente.

Murrigan se había hecho sangre en los labios de tanto mordérselos sin darse cuenta.

Pensaba: «¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora!»

Los vagones desfilaban por delante del viejo.

Y nada.

Los andenes también estaban vacíos.

El penúltimo vagón.

El último...

Y nada.

El expreso de Memphis desapareció en la primera curva tan suavemente como había llegado, mientras sus luces se las tragaba la noche.

Murrigan bisbiseó:

—¡Imposible!

Uno de los hombres que estaba con él hizo un signo negativo.

—Han debido olerse algo.

—¿Pero qué?...

—No sé. Algo ha debido fallar. O lo han imaginado. O ha habido un soplo. ¡Yo qué sé, maldita sea! Pero han dejado pasar por delante el anzuelo sin morderlo.

Y señaló hacia el viejo, que continuaba quieto en el andén.

Nadie se había acercado a él.

Nada le ocurría.

¿Entonces por qué soltó la maleta? ¿Por qué se tambaleó de pronto? ¿Por qué cayó de bruces, junto a la vía, como una figura rota?

Docenas de policías salieron de todas partes, como obedeciendo a una misteriosa llamada. De los vagones, de los depósitos de fuel, de la sala de espera, de los almacenes, del centro de control. Aquello era una invasión de tíos que corrían como hipnotizados hacia un mismo punto. Pero Murrigan fue el primero en llegar, a pesar de que ya no era joven y a veces le faltaba el aliento.

Se inclinó sobre el hombre.

Y balbució con un hilo de voz:

—Está muerto.

Capítulo VI

EL INCREÍBLE CASO DE LA MANSIÓN CON LAS TRES PISCINAS

LA muchacha anduvo a tientas por el elegante porche blanco y se detuvo en el borde mismo de la piscina. Las aguas quietas relucían a sus pies, al recibir la luz de la luna. Era olímpica; una perfecta obra que jugaba con la arquitectura funcional de la casa. Pero era también un peligro, porque una mujer ciega podía caer a ella sin darse cuenta.

¿Qué pasó por detrás de las gafas negras? ¿Qué pensamientos vivían en el cerebro de aquella mujer que se movía tan cadenciosamente?

En la cálida noche de Florida no llevaba más que un bikini. Ella sólo ostentaba sobre su poderosa anatomía la pieza inferior, mientras que la superior había sido sustituida por una blusita blanca. Pero como estaba mal abrochada, parecía como si no llevase absolutamente nada.

De todos modos, esos descuidos son muy normales en una ciega.

No puede mirarse al espejo, y hay momentos en que se cansa de comprobar todos los detalles con el tacto de sus dedos.

Retrocedió, como si hubiera adivinado que la piscina estaba allí, a solo dos pasos, y como si intuyese que la muerte podía acechar en ella. Se dirigió hacia el otro lado del porche y apoyó la cabeza en una de las blancas columnas.

Ante ella se extendía un paisaje magnífico, pues la finca estaba situada en lo mejor de Sarasota Long Beach, cara al cabo que forma la pequeña ciudad de Bradenton.

Otras dos piscinas ocupaban parte del jardín en aquel lado de la casa. Una era infantil, con poca profundidad, y por tanto, apenas cabía agua en ella. La otra, también pequeña y con forma de

corazón, estaba cubierta por una maravillosa campana de cristal que garantizaba la temperatura constante del agua. Esa piscina era termal y sólo se usaba en algunos días desapacibles.

Con gestos pausados, como si pudiese verla, la muchacha fue sobre sus altos tacones hasta el centro del porche y se inclinó sobre una mesita de cuero y rafia. Su cuerpo, en aquella posición, formaba una escultura tan perfecta y al mismo tiempo tan sensual que hubiera dejado sin respiración a cualquier hombre. Se comprendía que un vicioso jeque del golfo Pérsico se hubiese fijado en ella cuando deambulaba por las ardientes calles que desembocan en el desierto.

Tampoco tenía prisa la muchacha cuando extrajo un cigarrillo del paquete que descansaba en la mesita de rafia y se lo puso en los labios gordezuelos. Palpó la mesa como si buscara también el encendedor.

Pero no estaba allí.

El hombre que lo sostenía entre sus dedos dijo:

—Permíteme. Tú te quemarías.

Y prendió la llamita en la punta del cigarrillo. Ella, que se había quedado tensa al principio, reaccionó más tarde con una sonrisa que, sin embargo, no podía disimular su absoluto pismo.

—Jess... —musitó— ¿qué haces aquí?

Jess Malone encendió un cigarrillo también. Vestía con tanta elegancia como si estuviera en el club, pero el diablo sabía que no estaba descansando ahora. Con voz que quería ser tranquila musitó:

—No tenía otro sitio donde esconderme.

—¿Esconderte? ¿Por qué?

—No me digas que a estas alturas no sabes lo que pasó con tu prima Melody.

—Claro que lo sé. Y también sé que esta noche ha sido pagado el rescate, de forma que muy pronto va a quedar libre.

Jess Malone no hizo ningún comentario, y se limitó a expulsar una bocanada de humo pensativamente. Luego ella se quitó las gafas y se las puso mejor, mientras decía rencorosamente:

—No me acostumbro a ellas. Nunca había llevado gafas.

—Tampoco el hombre que te hizo eso había estado tanto tiempo en el fondo de una canoa. Y no se queja.

Ella sonrió. Aquel pensamiento parecía aliviarla, parecía borrar

de golpe todos los sufrimientos que la acompañaban. Puso una mano cariñosamente en el atlético hombro de Jess.

—Cuenta conmigo —dijo—. Te lo prometí una vez: por el hecho de haberme vengado me tenías a tu disposición en todos los sentidos menos en uno.

—Que es el único que me importa —susurró él, pasando lentamente las yemas de sus dedos por una de las opulentas caderas de la chica.

Ella dio un paso atrás.

—¿Dónde vives? —preguntó.

—Hum... Me las apaño en el garaje.

—¿Sigues considerándote mi familia como un enemigo? ¿Siguen pensando que tú has secuestrado a Melody?

—Sí. Y reconozco que motivos no les faltan.

—Yo no lo creo, Jess, pero de todos modos ya es asunto terminado. Cuando me telefonearon poniéndome en antecedentes de lo que ocurría me dijeron, sobre todo, que si llegaba a conocer tu paradero lo indicase a la policía discretamente. Pero ahora, ¿qué importancia tiene eso? Supongo que Melody estará libre dentro de muy poco.

—No —dijo Jess.

—¿Por qué?

—Porque tu tío Bill ha muerto.

La muchacha tuvo un estremecimiento total. De pronto su cuerpo se tensó. Pareció más alto, más opulento. Al fin, como si necesitara apoyarse en el vacío, la chica tendió una mano y emitió un débil gemido.

—No puede ser... —musitó.

—Claro que puede ser. Yo no estaba en la estación porque aquello se había llenado de policías, pero vi pasar la ambulancia por las calles contiguas. Y meterme luego en la Morgue como si fuera un ayudante más, no me resultó tan difícil. Entonces vi el cadáver.

—Pero... ¿cómo ha muerto tío Bill? La policía había acordado con nosotros que habría un agente sobre cada baldosa. No puede ser... Nadie ha podido disparar contra él y escapar luego.

—No han disparado contra él —dijo calmamente Jess Malone—. Le han escupido una aguja envenenada con una cerbatana.

—Pero eso es... es...

—He sacado mis propias conclusiones aun sin haber estado en el lugar del hecho —continuó imperturbable Jess Malone—. El asesino iba en el expreso de Memphis en el último vagón, lo cual le daba tiempo para ver la posición de tío Bill. Pero el asesino no debía ser un tipo atlético, ni ágil, ni nadie con aspecto de poder atrapar una maleta al vuelo y luego meterse otra vez en el tren. El caso fue que esa persona estaba en la ventanilla fumando un cigarrillo con una larga boquilla. De pronto debió retirar el cigarrillo y quedarse sólo con la boquilla en la boca. Arrojó la colilla por la ventana. Pasó junto a tío Bill. Lo tuvo a menos de media yarda, al otro lado de la ventana abierta. Le envió la aguja envenenada a una mejilla. El hombre o la mujer retiraron la boquilla de sus labios. La guardaron y en paz. Cuando el tren salió de los andenes el pobre viejo estaba ya muerto.

La muchacha volvió a estremecerse.

—Por tanto —musitó Jess— se trata sólo de saber quién fumaba con una boquilla en el último vagón cuando el convoy pasó por Tampa. Sólo un instrumento de esa clase, bien camuflado, permitía lanzar la aguja envenenada con probabilidades de éxito.

—Pero, Jess... ¿Por qué iban a hacer eso? ¿Por qué?

—La verdad es que no lo entiendo.

—En la maleta había un millón.

—Es cierto. Pero también es cierto que los secuestradores habían pedido tres. Y sin trampas. El hecho de que observaran detalles raros pudo hacerles cambiar de propósito en sólo unos momentos.

—¿Eso quiere decir que... que fue un aviso?

—Puede ser un aviso para que en adelante se juegue limpio. Claro que los secuestradores no juegan limpio, pero tienen todas las cartas en la mano. Por tanto pueden exigir que los otros lo hagan.

—Eso quiere decir también que... que Melody no tiene la menor probabilidad de sobrevivir si no se paga el rescate.

—No, no tiene ninguna probabilidad de sobrevivir. Lo que ha ocurrido hoy indica que esos hijos de perra están dispuestos a todo.

—¿Qué crees que va a pasar ahora?

—No lo sé, Symphony, preciosa. Supongo que pedirán el rescate por segunda y última vez, y entonces la familia se verá obligada a tomar una decisión definitiva.

—Pero reunir tres millones en efectivo en tan poco tiempo es difícil incluso para un clan tan poderoso como el nuestro.

Y señaló la casa, aunque no podía verla. La casa, deshabitada durante todo el tiempo que ella permaneció en el golfo Pérsico, era la herencia de Symphony Keyton. Ahora vivía en ella sin más ayuda que la de una asistenta que la había acompañado desde Oriente.

—Este solo edificio y estas tierras ya podrían venderse por tres millones —dijo—. Habría Bancos y compañías inmobiliarias que querrían edificar aquí un gran complejo turístico y pagarían los tres millones. Pero eso requiere gestiones, tiempo...

—¿Y el marido de Melody? —dijo Jess—. ¿No tenía explotaciones de oro en Sudáfrica? ¿No ha podido vender su parte?

—Crossman ya ha llegado aquí —informó la muchacha— pero vender una participación en una mina de oro también es difícil, sobre todo cuando no se sabe si la mina será rentable o no.

Jess Malone tuvo un imperceptible encogimiento de hombros, como si pensara que aquello, al fin y al cabo, constituía un problema que sólo la familia podía resolver. Luego musitó, paseando su mirada en torno suyo:

—¿Por qué tiene esta casa tres piscinas?

—Porque mi padre tenía quizá demasiado dinero —musitó ella —, hasta que los negocios empezaron a rodar mal. Como era un gran nadador, se preocupó de disponer de una buena piscina olímpica. Como entonces mi hermana Nancy y yo éramos muy pequeñas, quiso tener también una piscina para niños. Y, en fin, para poder bañarse incluso los días de frío, hizo construir esa piscina de lujo, la de la campana de cristal, aprovechando un manantial de agua tibia. Ya te digo que entonces el dinero le sobraba.

Y enseguida dulcificó su expresión, mientras ponía ambas manos en el poderoso pecho del hombre.

La chica era una escultura maravillosa.

Estaba tentadora como nunca en la noche cálida, acogedora y viciosa de Florida.

—No te vayas de aquí, Jess —musitó—. Estando tú en la casa, me siento mucho más segura.

—No te preocupes, no me iré. No tengo otro sitio donde esconderme.

Y puso las manos en las caderas de la muchacha mientras añadía:

—Lástima que no puedas ver dónde tengo los diez dedos.

—Pero los noto —dijo ella—. Anda, quítalos de ahí antes de que nos caigamos al agua.

Capítulo VII

EL INCREÍBLE CASO DE LA PISCINA HAMBRIENTA

LA segunda petición de los secuestradores no tardó en llegar. Murrigan la recibió treinta y seis horas después de la muerte de Bill Crossman en el andén número dos de la estación.

«TIENEN UNA ULTIMA OPORTUNIDAD.

ESTA VEZ NO QUEREMOS QUE PREPAREN NINGUNA TRAMPA. Y QUEREMOS LA CANTIDAD TOTAL: TRES MILLONES. LA PAGARAN EN LAS CONDICIONES QUE EXIGIMOS EN LA NOTA ANTERIOR.

PERO ESTA VEZ LA DEPOSITARAN EN UNA CAJA DE MADERA QUE TENGA COMO MÁXIMO MEDIO METRO DE LADO. LA CAJA ESTARÁ DENTRO DE OTRA MAYOR, HECHA DE POLIETILENO, Y CON LOS BORDES HERMÉTICAMENTE CERRADOS POR MEDIO DE CINTA ADHESIVA PLÁSTICA PARA QUE NO PENETRE EL AGUA. LA SEGUNDA CAJA TENDRÁ UN GARFIO CURVADO DE AL MENOS UN PALMO DE ALTURA.

LA DEPOSITARAN EN LA PISCINA OLÍMPICA DE LA VILLA DE SYMPHONY KEYTON A LAS DIEZ EN PUNTO DE ESTA NOCHE. EXIGIMOS COMO CONDICIÓN INDISPENSABLE QUE UNA PERSONA DE LA FAMILIA NADE JUNTO A LA CAJA. RECUERDEN: ES SU ÚLTIMA OPORTUNIDAD.

—¡Quiero una reunión urgente en la brigada! —masculló Murrigan—. ¡Reunión urgente! ¡Dejad todo lo que estáis haciendo, perros! ¡Dejad a vuestras queridas! ¡Olvidad vuestras deudas! ¡Venid aquí antes de que tenga tiempo de meter un cargador en la pistola para haceros a todos un nuevo ombligo, hijos de zorra!

Ya se ha dicho antes que Murrigan estudios no tenía, pero lo que se dice un hombre fino sí que lo era.

Sus hombres, convenientemente estimulados por unas palabras tan amables, se presentaron en la brigada dos minutos después.

Murrigan mostró la diapositiva que le habían hecho de la nueva nota para poderla proyectar. Después de tenerla unos minutos en la pantalla, debidamente ampliada, gruñó mirando los rostros uno por uno:

—Igual que las otras. Exactamente igual que las otras.

—¿Pues qué va a hacer, jefe?

—Dejar que la imaginación trabaje, si es que la tenemos.

—¿Y qué vamos a sacar de nuestra imaginación?

—Vosotros nada, pero yo tal vez sí —barbotó Murrigan—. En primer lugar: ¿cómo supieron que en la maleta sólo había un millón de dólares?

—Puede haber un soplón en la familia —dijo uno de los detectives.

—Es una buena idea. Claro que yo ya la había tenido antes —dijo modestamente Murrigan—. Por eso estoy reuniendo todos los datos acerca de la familia. Todos absolutamente, desde los saldos de las cuentas bancarias hasta las costumbres sexuales de las honorables señoras del clan. Espero que eso dé algún resultado.

Todos sus agentes asintieron, aunque no dejaban de comprender algo esencial: si aquello daba resultado, lo daría cuando ya fuese demasiado tarde.

Otro detective murmuró:

—Yo pienso que quizá estaban convencidos de que la maleta contenía los tres millones exigidos. Pero estaban convencidos también de que jamás llegarían a hacerse con esa maleta por la enorme cantidad de precauciones que nosotros habíamos adoptado. Esas precauciones no les pasaron desapercibidas, jefe. Y si tomaron la represalia contra el viejo fue para advertirnos: la próxima vez, juego limpio.

—El juego limpio que ellos hacen me lo meto en... —comenzó a decir Murrigan.

Pero comprendía que su detective tenía razón. Habían creído ingenuamente que podían engañar a los secuestradores con la sola precaución de hacer disfrazar a los policías de maleteros. Por eso Murrigan dijo en actitud abatida:

—La familia nos ha pasado esta nueva nota a pesar del

escarmiento que tuvieron con el pobre Bill Crossman, pero no nos pasarán ninguna otra. Han confiado en nosotros una vez y hemos fallado. En este momento siguen confiando, pero si ocurre un nuevo desastre obrarán por su cuenta. Quiero decir que depositarán el dinero donde los secuestradores les digan sin soltarnos una sola palabra a nosotros. Eso si los secuestradores no les envían antes, como obsequio, el cadáver descuartizado de Melody Crossman.

Un detective gruñó:

—¿Pero dónde puede estar esa mujer? Lo hemos registrado todo, todo...

—Una mujer puede ser ocultada muy fácilmente —murmuró Murrigan—. Si la encontrásemos sería por pura suerte, aunque hay que seguir investigando.

—¿Y el helicóptero? Un helicóptero no puede ser ocultado así como así, maldito sea. Ocupa un lugar enorme. Hace ruido. Necesita gasolina y una serie de repasos técnicos. Hemos revisado todos los lugares de Florida donde puede haber sido ocultado un helicóptero, incluso las tazas de los retretes de los aeropuertos, y no ha aparecido nada. ¡Nada absolutamente! ¡No lo entiendo!

Murrigan chascó dos dedos.

—Lo del helicóptero es lo que más me quita el sueño —reconoció—, aunque es posible que logran hundirlo en el mar después de secuestrar a Melody Crossman. En ese caso es evidente que no volveremos a verlo volar nunca.

—¿Qué piensas hacer, Murrigan? —pidió el subjefe de la brigada.

—Puesto que la familia ha confiado en nosotros, montaré un servicio de vigilancia que no falle.

—En la propia finca no podrás. Lo notarían. Y a propósito, ¿por qué habrán elegido esa residencia?

—Porque en ella sólo vive Symphony Keyton, que es ciega.

—No parece mala idea, qué demonios. Pero me parece increíble lo de la piscina. ¿Para qué querrán una caja de madera dentro de una caja de plástico?

—Para que flote, idiota.

—¿Y por qué precisamente en una piscina? ¡Es increíble!

—He estado pensando en eso —gruñó Murrigan—. Una piscina es un sitio absolutamente despejado. Eso significa que pueden ver la

caja desde mucha distancia.

—Sí.

—Y que pueden llevársela utilizando el garfio de al menos un palmo de altura que han exigido. Para eso pueden utilizar dos sistemas: o el famoso helicóptero o una larga cuerda con un gancho lanzada por un especialista desde un tejado de la finca. Yo creo en esta segunda posibilidad, porque tengo la sensación de que el helicóptero no va a aparecer ya nunca.

Al cabo de unos instantes, uno de los detectives preguntó:

—Hay algo oscuro. ¿Por qué exigen que un miembro de la familia esté mientras tanto nadando junto a la caja?

Murrigan chascó los dedos otra vez.

—Eso lo veo con una absoluta claridad —dijo—. En cosa de un cuarto de minuto, una vez en su poder la caja, podrán comprobar si está todo correcto. En el caso de que lo esté, no pasará nada. En el caso de que algo falle, tendrán a un persona en el centro de la piscina y formando un blanco perfecto. En ese caso la matarán.

Hubo otro profundo silencio.

Todos se daban cuenta de lo que aquello significaba.

No querían pensar en lo que ocurriría si fallaban. Y, aunque por el momento la Prensa guardaba silencio, llegaría un día en que aquello quedaría desempolvado del todo. Y entonces perderían la honra, lo que les importaba poco. Y perderían el empleo, lo que les importaba mucho.

Alguien musitó temerosamente:

—¿Qué piensa hacer, jefe?

—Por lo pronto no situar a nadie en la finca. Dejaremos con eso a los culpables una gran libertad de acción,

—¿Y la ciega?

—La dejaremos allí, puesto que los secuestradores no dicen nada.

—Debe tener servicio.

—Tiene una asistenta. Se supone que a los secuestradores no les interesa que esté allí, puesto que tiene dos ojos. En consecuencia la haremos marchar.

—¿Hay alguien más en la finca?

—Que nosotros sepamos, no. Pero, si hubiera alguien, Symphony Keyton nos lo diría.

—¿Y cuáles van a ser las medidas de seguridad?

—Nada en la casa, como digo —explicó Murrigan—, pero los accesos van a estar tan vigilados que ni una mosca pasará por ellos sin que le clavemos una chapa en las alas. Y os juro que los secuestradores no lo notarán esta vez. No emplearemos hombres, sino los últimos sistemas electrónicos de que dispone el ejército, que instalaremos de rama en rama. La antena de Radio Tampa domina la finca desde el otro lado de la bahía.

—¿Y qué?

—Instalaremos en ella una cámara cinematográfica dotada con rayos infrarrojos para poder filmar de noche. Funcionará automáticamente cada vez que reciba el aviso de uno de los sistemas electrónicos de alarma. Cualquiera que se acerque a la finca en cualquier circunstancia será no sólo detectado, sino también filmado. Y todo eso sin que haya una sola persona en dos kilómetros a la redonda.

El subjefe de la brigada miró a Murrigan.

La verdad es que, aunque quería quitarle el puesto, esta vez no pudo disimular su admiración.

—Sencillamente perfecto —dijo.

—Gracias —gruñó Murrigan—, pero si sale mal no tendré más remedio que ofrecerme como aperitivo a los tiburones del Caribe. De todos modos confío en mi plan. Es imposible que los asesinos noten nada.

—¿Y cuando hayan conseguido el dinero?

—Cuando lo hayan conseguido, estarán fotografiados y tendrán que salir por sitios también controlados. Los podremos seguir perfectamente hasta el escondrijo donde ocultan a Melody Crossman.

* * *

A las diez en punto de la noche, Symphony Keyton había llegado ya al límite de su resistencia nerviosa. Le parecía que aquello era un sueño intolerable.

Le parecía que los veinte últimos minutos habían sido veinte horas.

Una comunicación telefónica de su familia le indicó lo que estaban dispuestos a hacer. Otra conversación telefónica con el capitán Murrigan le puso al corriente de que habían sido tomadas

toda clase de medidas, sin especificar cuáles, pero le advirtió que ella quedaría sola en la casa. Debía hacer su vida habitual, con la única condición de no acercarse para nada a la piscina olímpica, porque junto a ella podía haber peligro.

Y ahora la muchacha estaba sola.

Bueno, sola exactamente no.

Su primo Richard, un verdadero atleta de la Universidad de Luisiana, nadaba suavemente en torno a una caja de polietileno dentro de la cual había otra caja de madera con tres millones de dólares. La familia había elegido a Richard, después de muchas dudas, por estimar que él era el único con posibilidades de mantenerse indefinidamente en el agua si se alargaba la maldita broma.

Todo esto lo sabía Symphony.

Y sabía también que alguien más debía encontrarse en la casa, ALGUIEN que recogería la caja de una forma que ella ignoraba aún, pero para lo cual necesitaba estar cerca de ella.

La muchacha estaba quieta en su habitación.

Le parecía oír mil ruidos, furtivos, mil susurros, mil respiraciones lejanas que atravesaban las paredes.

Poco a poco se puso en pie como una autómatas.

Aquella sensación de soledad le destrozaba los nervios.

Fue hacia el garaje, caminando pausadamente, mientras se quitaba y se volvía a poner las gafas negras que casi formaban un antifaz sobre su rostro.

En el garaje había dos coches que también formaban parte de la herencia. La muchacha no conducía, naturalmente, puesto que una muchacha que no veía, ¿cómo iba a hacerlo? Por eso no había traído del golfo Pérsico el magnífico «Rolls» que allí tuvo en otro tiempo.

Los dos coches que estaban allí, en el garaje, habían pertenecido al ya difunto constructor de la finca, el padre de Symphony. Eran modelos antiguos, naturalmente. Un «Studebaker» y un «Pontiac». Seguramente ya no funcionarían, porque sus cilindros debían estar secos y sus baterías descargadas.

Pero la muchacha no había venido para eso.

Al entrar en el garaje musitó:

—Jess... Jess Malone...

Puesto que la policía no había registrado la casa, él aún debía estar allí. Y nunca la muchacha había necesitado tanto la presencia de alguien como en aquel momento.

—Jess...

Nadie contestó.

La muchacha se convenció entonces de que el hombre en quien confiaba no se hallaba en el garaje, aunque podía encontrarse en otro punto de la casa. Entonces, ¿por qué no hacía nada para ponerse en contacto con ella? ¿Por qué la dejaba así, sumida en aquella soledad agobiante?

Fue a salir.

Y de pronto recordó algo. Sabía que en la guantera de uno de los coches hubo en otro tiempo algo que podía necesitar. Y seguramente aún continuaba allí.

Abrió la guantera del «Studebaker».

Y, en efecto, allí estaba la «Luger» bien engrasada, bien cuidada, envuelta en un trapo con parafina, y que se conservaba maravillosamente bien.

Con manos expertas, la muchacha sacó el cargador y comprobó al tacto que estaba al completo de balas. Luego lo volvió a meter. Sopesó el arma y la montó con un seco movimiento.

Fue entonces cuando las oyó.

Las diez campanadas.

Ella se estremeció.

Las diez.

La hora exacta en que tenía que ocurrir aquello...

Pero nada ocurría. Un silencio absoluto envolvió la casa después del estruendo de los relojes. Hubiera podido oírse hasta el deslizarse de un lagarto por la hierba.

La misma sensación que estaba teniendo la muchacha la tuvo Richard Crossman, que estaba en el centro de la piscina olímpica sin más ropa que un pequeño slip.

Era la sensación de lo desconocido.

Algo tenía que ocurrir.

Según le había advertido la policía, lo más probable era que alguien lanzara una cuerda de nylon con un gancho desde el tejado de la cercana casa. Y si era un especialista podría sujetar el garfio de buena altura que sobresalía de la caja de polietileno.

También le habían dicho que era posible la aparición de un helicóptero sobre la piscina, desde el cual sería bajado un cable hasta la caja.

En todo caso las instrucciones eran muy concretas: él no debía hacer nada.

Richard Crossman miró en torno suyo.

Nada.

No se movía ni una hoja de los árboles.

¿Por qué no pasaba alguien a la acción? ¿No habían sonado las diez? Entonces, ¿qué diablos esperaban?

El joven seguía flotando en torno a la caja.

Nada aún. Nada.

Le parecía que la piscina era un mundo irreal. A un lado y otro había dos grandes orificios, justo a la altura que las aguas debían alcanzar. Por encima de ese nivel, el líquido se escurría por aquellos agujeros, cada uno de los cuales hubiera podido permitir el paso de un niño.

Volvió a dar otra vuelta.

Tampoco ocurría nada.

Y entonces los vio.

Lanzó un grito ronco.

Un grito de muerte.

Pero los dos caimanes venían hacia él.

Dos.

No eran grandes.

Pero venían uno por cada lado. Acababan de surgir por los enormes desagües que estaban a nivel del líquido.

Dos voraces caimanes de los que aún abundan en los pantanos de Florida, venían en línea recta hacia él. Con los ojos teñidos de escarlata. Con las fauces abiertas.

Richard lanzó un auténtico aullido de muerte y pensó en tío Bill, pero su final iba a ser mucho más horrible.

Y luchó.

Luchó con todas sus fuerzas de hombre de veinte años.

Hundiéndose en el agua, salió a buena distancia, tan cerca de las escaleras que ya casi podía alcanzarlas con las manos. Había sido más rápido que los caimanes, pero éstos venían hacia él, uno por cada lado.

Richard Crossman ya ni siquiera gritó. Necesitaba todas sus energías para moverse. E hizo una finta de auténtico delfín mientras uno de los caimanes pasaba por su lado.

Lo esquivó.

Pero el saurio le dio un fuerte coletazo al pasar junto a él, y eso desorientó por unos momentos a Richard Crossman. El dolor le hizo encogerse. Fueron unos segundos durante los cuales no se acordó de huir.

Y entonces el segundo caimán le atacó de pronto.

Sus horribles fauces se le hundieron en el centro del cuerpo.

Richard Crossman lanzó un aullido ululante, un aullido estremecedor que pareció repercutir hasta en los cimientos de la casa.

Pero el segundo caimán ya volvía. Le sujetó por una de las piernas. Tiró de abajo hacia él, y Richard Crossman se hundió en el fondo de la piscina olímpica.

Capítulo VIII

EL INCREÍBLE CASO DE LA FRENTE ROJA

LA muchacha oyó aquellos gritos a tan poca distancia, que le pareció como si resonaran dentro de su propio cráneo. Escuchó el rugido de los caimanes tan cerca que le pareció como si las fauces de los animales arañaran su piel.

Su cuerpo se inclinó como si fuera a caer.

No lo entendía.

Hasta sus gafas negras parecieron sufrir una sacudida.

Las manos trémulas aferraron la «Luger» con más fuerza.

Y entonces oyó los pasos.

Alguien se alejaba.

«¿Pero dónde estará Jess Malone? —pensó angustiosamente—.

Ahora me haría falta... ¿Dónde está? ¿Dónde?...

Alguien se iba, se largaba irremediabilmente de allí.

La muchacha alzó la «Luger».

Los pasos...

Aquellos pasos resonaban como golpes de tambor dentro de su cráneo, señalándole una dirección.

Apuntó.

Su brazo derecho estaba tan rígido como una barra de hierro.

El hombre que huía se volvió entonces.

Había notado su presencia.

Y la vio.

Su alta y preciosa figura de diosa pagana.

Su faldita muy corta.

Su «Luger».

Y sobre todo aquellas gafas negras y enigmáticas, que parecían mirar desde el otro mundo. Desde el fondo del otro mundo.

Pero el hombre no sintió miedo. ¿Por qué? Sabía que la preciosa muchacha que le apuntaba era una ciega.

Nunca le acertaría.

Se vio una llama color naranja.

El hombre sintió un choque en la frente. Lanzó un grito breve. Eso fue todo. De repente sus pensamientos cristalizaron en una sola certidumbre:

«No puede ser»...

El hombre cayó hacia atrás con la frente atravesada.

Con la frente roja...

Capítulo IX

EL INCREÍBLE CASO DE LOS FUMADORES DE BALAS

JESS MALONE dio una suave palmada en la espalda del taxista, le puso cien dólares en la mano derecha y dijo:

—Usted mismo, macho.

El automóvil arrancó. Dio una vuelta en torno a la Universidad y el taxista dijo dubitativamente:

—Era por aquí.

—Pues haga memoria.

—¿Si no le sé indicar el sitio me quita los cien dólares?

—Le quito la honra.

El taxista rio.

—A un hombre es muy difícil quitarle la honra. No soy virgen.

—No me ha entendido bien. Quiero decir que deja de ser hombre. De una sola patada le convierto en mujer.

El taxista dejó de reírse.

Y volvió a decir, pero ahora con mayor gesto de preocupación:

—Era por aquí...

Jess Malone se retrepó un poco en el asiento y dejó de ocuparse del taxista para que éste no se pusiera nervioso. En realidad él también tenía sus cosas en que pensar mientras tanto.

Sacó la foto.

En ella se veía una sección del último vagón del expreso de Memphis a su paso por la estación de Tampa.

La sección comprendía dos ventanillas.

Una estaba cerrada. En ella no había nadie.

La otra estaba abierta. En ella una mujer joven, bonita, con gafas de intelectual, fumaba tranquilamente un cigarrillo en una larga boquilla de ámbar.

Jess Malone cerró un momento los ojos.

Sus deducciones —ahora lo sabía— no habían estado infundadas en ningún momento.

En lugar de un hombre atlético, la designada por los secuestradores había sido una inofensiva mujer. En lugar de un arma visible y audible, se había empleado una cerbatana que lanzase agujas envenenadas. Y una boquilla (falsa, naturalmente) puede ser una cerbatana magnífica y encima no llamar la atención.

Jess volvió a mirar la fotografía.

Allí estaba la asesina.

El taxista murmuró:

—Daré otra vuelta.

Jess Malone siguió contemplando la fotografía. Para la policía no había significado nada, pues era simplemente la de una pasajera que fumaba en boquilla. Murrigan y sus técnicos se habían fijado únicamente en los hombres, obsesionados por su primera idea. Y aquella fotografía desfilaba por entre las mesas de la brigada como un papelote más.

Jess debía su posesión a un periodista amigo suyo que hacía información rutinaria entre la gente de Homicidios y la de la Brigada Especial. Jess le había pedido no sólo que guardara el secreto, sino que le entregase cualquier foto de una persona fumando que viera en los despachos de la Brigada.

Y allí estaba.

No había sido tan difícil conseguirla.

A partir de entonces, Jess Malone hubo de dar un segundo paso. Ya tenía la foto de la asesina, pero además necesitaba encontrar a aquella pájara. Para eso había partido de la siguiente deducción: tres paradas del tren hasta llegar a Memphis, contando con esa última capital del Sur. En cada una de ellas podía haberse apeado la muy maldita.

Por eso Jess Malone había volado a Memphis, exponiéndose a un encuentro con la policía. Pero una barba postiza y unas gafas desfiguran lo bastante a un hombre para no llamar la atención.

Una vez en Memphis había ido a la estación con la foto y una pregunta hecha a todos los taxistas: «¿Transportó usted a mi querida anoche, cuando ella bajaba del expreso?»

Los taxistas habían dicho.

—Ni hablar.

—No la he visto nunca.

Otro había dicho sencillamente:

—Tía buena.

Desde Memphis, Jess Malone había tenido que hacer el camino inverso al seguido por el convoy. Para ello disponía de un «Corvette» alquilado y de unas ganas locas de darle al gas a fondo. Pero la siguiente parada había dado el mismo resultado que la primera.

Los taxistas habían sido más explícitos aquí.

Después de fijarse en la chica habían dicho:

—Debe estar bien de popa.

—Y hay que ver como apoya en el cristal bajado lo que tiene delante.

Jess le dijo al último taxista:

—Chorizo.

Y el otro contestó:

—Las ganas.

Por fin, la siguiente parada había dado un resultado positivo. Un taxista había conducido desde la estación a la chica de la foto. La devolvió a Tampa.

—¿Por qué volvió?

—Dijo que había olvidado algo muy urgente,

—¿Sabría decirme dónde la dejó a ella? Le pago la carrera hasta Tampa, el regreso y cien dólares.

Y ahora estaban los dos allí, dando la vuelta a la Universidad, mientras el taxista intentaba recordar. Por fin murmuró:

—Yo diría que era allí.

Señalaba una casa de dos pisos, muy modesta, en cuya puerta se leía sencillamente: «Huéspedes.»

Así, en español.

Luego el taxista añadió:

—Sí, estoy seguro de que era allí. Me llamó la atención el que una chica tan bien vestida fuese a una residencia tan modesta.

Jess Malone suspiró.

Bien, ya estaba allí el fallo.

Todos los asesinos los cometen.

Lo único que hace falta es forzar un poco la imaginación. O

tener una racha de suerte. Al final los fallos aparecen.

Para la asesina hubiera sido mucho más seguro que un cómplice la esperara en la estación con un coche privado, pero debían haber pensado que no valía la pena. Una de las cosas más seguras para aquella puerca era el que nadie podía desconfiar de ella.

Jess Malone dijo:

—Sí, sí...

Y se apeó.

Hizo una seña triste cuando el taxi se alejó, pues con él se despedía de una montaña de dólares, casi sus últimos ahorros.

La pensión era tan modesta por dentro como por fuera. Un individuo peludo le miró desde la penumbra del fondo.

—¿Qué busca usted? —preguntó.

Jess murmuró:

—Tengo una cita con una chica.

—¿Qué chica, ni qué cita, ni qué mamá que lo ha parido?

—Calma, amigo. La chica es una *call-girl*. Sé que recibe aquí a los hombres.

El peludo le miró con ojos desorbitados.

—¿Una *call-girl*? ¿Quiere decir una de esas golfas que se citan por teléfono con los hombres?

—Sí, amigo. Lástima que usted no pueda dedicarse a lo mismo. Haga cuentas a fin de año y verá lo que se pierde.

El tipo peludo pensó que Jess Malone era un bromista. O que estaba borracho.

Pero de todos modos embistió. No le gustaban los tipos como aquél en su casa.

Vino de cabeza hacia el estómago de Jess Malone.

Pero Jess Malone ya esperaba aquello. En cierto modo lo había provocado. Cuando el otro venía en línea recta hacia él, Jess Malone levantó la rodilla. El golpe en la cara del tío peludo hizo que su cuerpo se levantara como si estuviese en unas montañas rusas. Chocó contra la pared y rebotó, volviendo contra su visitante.

Jess Malone disparó sus dos puños.

La cabeza de aquel hombre pareció estallar. Los dos golpes no sólo le desencajaron la mandíbula, sino que repercutieron en su cerebro de tal forma que quedó en un rincón con la boca abierta y la mirada completamente turbia.

Jess Malone no perdió tiempo con él. Le sujetó las manos a la espalda con las esposas que siempre llevaba desde sus tiempos de detective privado, le sujetó los pies con su cinturón y le puso en la boca un pañuelo que no podría expulsar ni con la ayuda de un fuelle. Luego depositó al sujeto detrás del *comptoir*, de modo que nadie pudiese verle.

Aquella residencia debía contar con unos únicos clientes: con los secuestradores de Melody Crossman.

La policía había pasado por alto aquel cubículo modesto que en teoría sólo debían frecuentar los exiliados cubanos.

A pesar de toda su experiencia, Jess Malone no pudo evitar que el corazón variara el ritmo de sus latidos cuando él subió poco a poco los gastados peldaños de la escalera. Estaba casi convencido de haber dado con el escondite de aquella pandilla de asesinos.

El piso superior se componía sólo de tres habitaciones.

Las tres tenían las puertas abiertas.

Una pastosa voz femenina preguntó:

—¿Es que ha pasado algo, gringo?

Pensaba que era el tío peludo el que subía.

La cabeza de Jess Malone llegó a la altura del descansillo.

Vio a la chica tumbada en el diván, en la habitación abierta que quedaba enfrente.

Ya no llevaba las gafas oscuras.

Pero llevaba una camisita corta.

Y seguía fumando con boquilla.

Jess Malone gruñó:

—No me digas que el gringo es el peludo. Y no me digas que los jueves por la tarde lo esperas en esa postura.

Ella casi dio un salto en el diván.

Quedó materialmente petrificada.

La nueva postura hizo que sus piernas se exhibieran más generosamente aún. Jess Malone pensó que los taxistas habían tenido vista.

La víbora musitó:

—¿Quién es usted?

—Soy cazador de serpientes.

La chica no se inmutó.

Se había dado cuenta del peligro. Se daba cuenta de que el

gringo, abajo, debía estar ya muerto para haber permitido el paso de aquel hombre.

Retiró con suavidad el cigarrillo a medio consumir que había en la boquilla.

Casi sonreía al hacerlo.

Y entonces Jess Malone se dio cuenta de la sencilla y veloz maniobra. Al retirar el cigarrillo se giraba una arandela dorada que había en el centro de la boquilla y que servía para desmontarla. Sin duda aquel sencillo gesto introducía una aguja en el tubo como el movimiento del cerrojo introduce una bala en la recámara de un fusil.

Se acercó sinuosamente a Jess Malone.

Había que ver cómo estaba la víbora.

Había que ver cómo hacía oscilar su cuerpo.

Jess Malone dijo:

—Quiero hablar contigo. Y no se muere nadie por hablar un rato, chata.

La otra sopló.

Fue suave y rápido. Fue casi dulce, como el susurro de la muerte.

Si Jess Malone no llega a estar advertido, la palma como la había palmado el viejo Bill. La aguja envenenada le hubiera penetrado en uno de los párpados.

Hizo oscilar la cabeza cuando adivinó que la mujer, al contener el ritmo de su respiración, se disponía a soplar. La aguja envenenada le hizo casi cosquillas en el lóbulo de la oreja izquierda.

Luego Jess Malone disparó sus dos puños.

Lo hizo sin demasiadas consideraciones. En algunas cosas, como por ejemplo a la hora de repartir, era partidario de la igualdad de sexos.

La asesina se encogió.

El segundo golpe por poco le hace tragarse la boquilla. Cayó hacia atrás con la cara bañada en sangre.

Pero en aquel momento apareció a espaldas de Jess Malone el otro fumador.

También era aficionado a las boquillas.

Lanzó inmediatamente la aguja mortal hacia la nuca de Jess Malone. Por lo visto no querían hacer ruido. Y si Jess Malone no

llega a estar más que advertido de lo que significaban aquellas cerbatanas, se va al Valle de Josafat con sello de urgencia.

También la segunda aguja le rozó la mejilla. El hombre lanzó una salvaje imprecación al ver que había fallado.

Y a partir de ese momento dejó de preocuparle el ruido. Una «Baretta» del 7'65, niquelada, brotó de la parte trasera de su pantalón. Fue justo en el momento en que la preciosa muñeca de lujo, la víbora plateada, la asesina de la estación de Tampa extraía también un calibre 38 corto, un temible «bull-dog» de debajo de uno de los cojines del diván.

Jess Malone se encontró bruscamente entre dos fuegos. Todo dependía ahora de su rapidez y de su desesperada necesidad de vivir.

Rodó por el suelo.

Todo el modesto hotel pareció estremecerse con la detonación del «bull-dog».

La bala arrancó esquiras a las baldosas. Zigzagueó por el suelo como si fuera un reptil hambriento.

El otro fumador había disparado también. Y le pareció inverosímil que Malone no estuviera en el sitio donde estaba un segundo antes.

Repentinamente giró sobre sí mismo.

La bala del nueve corto de Jess Malone le había dado en plena boca. El estampido hizo que dos cuadros representando a chicas en salto de cama cayeran a tierra.

A continuación Jess Malone hubo de girar también con la velocidad de un escorpión. Sabía que, a su espalda, el «bull-dog» ladraría de nuevo. Y, en efecto, casi se lo encontró en su frente mientras la chica lanzaba un agudo grito.

Jess Malone no tuvo tiempo de elegir.

El suyo tuvo que ser un disparo veloz, implacable y sobre seguro. Simplemente el disparo del más rápido.

La chica también giró sobre sí misma.

Se desplomó contra una pared.

Dejó marcadas en ella dos anchas líneas rojas.

A continuación Jess Malone lanzó una maldición. Habría querido interrogar a aquella mujer y la acababa de convertir en una respetable difunta. En cuanto al otro tipo, tampoco diría nada con

la boca destrozada y la bala alojada en mitad del cráneo.

Quedaba el de abajo, de todos modos.

Jess Malone pensó que quizá aún tendría tiempo de interrogarle.

Pero había de darse prisa.

La veloz traca de disparos debía haberse escuchado en toda aquella parte de la ciudad.

Sin embargo, mientras descendía las escaleras de cuatro en cuatro, Jess Malone pensó que no iba a quedarle tiempo ni para huir. El precinto de policía debía estar muy cerca, y alguien habría avisado de lo que estaba sucediendo en el modesto hotel.

El aullido de la sirena ya se escuchaba apenas a dos cuadras de distancia.

A Jess Malone le quedó el tiempo justo para saltar por una de las ventanas de la parte posterior, antes de que le viese nadie.

Dos minutos después, Jess Malone había desaparecido del centro de acción del patrullero que llegaba a toda velocidad.

Murmuró para sí mismo:

«Si no se dan cuenta de que la chica muerta era la que viajaba en el último vagón del expreso de Memphis es que son idiotas.»

Pero uno no puede confiar demasiado en el olfato de la policía.

A ninguno de los tíos que llevaron a la chica al depósito de cadáveres se le ocurrió ponerle encima unas gafas negras.

Capítulo X

EL INCREÍBLE CASO DE LA MUERTE QUE LLEGO CON EL VIENTO

SI en aquel momento había en Estados Unidos un hombre a quien no importaba ser planchado por una apisonadora, ese hombre era Murrigan. Cuando entró de nuevo en la Brigada de Servicios Especiales después de la terrible muerte de Richard Crossman, era apenas una sombra de lo que había sido.

—No puedo entenderlo... —decía a media voz—. No puedo...

Uno de sus hombres le sirvió un vaso de ron. Él ya había bebido un par de vasos antes y su alientoapestaba. Al fin preguntó, cuando vio a Murrigan un poco más animado:

—Quizá lleguemos a alguna conclusión si ponemos en orden las cosas, jefe. En primer lugar, ¿cómo entró alguien en la casa de Symphony Keyton si las alarmas electrónicas no detectaron a nadie?

—Sencillamente —dijo Murrigan—, porque el hombre que hizo todo aquello ya estaba oculto allí cuando los secuestradores enviaron la nota. Confieso que se me tenía que haber ocurrido y que en cierto modo era elemental.

Estaba vencido. Ya no fanfarroneaba y daba la sensación de que no volvería a fanfarronear más.

El subjefe de la brigada preguntó:

—Pero llegar allí con dos caimanes...

—Eran pequeños —dijo Murrigan—. Pequeños pero voraces. En cuanto al sistema de entrarlos, pudo ser por la noche y llevándolos a hombros envueltos en una alfombra. Los caimanes pudieron llegar narcotizados. En ese aspecto no ofrecían peligro.

—¿Pero dónde los ocultó?

—He hecho una investigación allí —dijo Murrigan—. El hombre se ocultó con ellos en el lugar donde están los motores de

depuración del agua de la piscina olímpica.

—En consecuencia no tuvo más que soltar a los caimanes en el momento oportuno.

—Sí.

—Pero queda un punto, ¿cómo escapó luego?

—Escapar no escapó —dijo Murrigan en voz baja—. Parece mentira que algunos no estéis informados del balazo magistral de Symphony Keyton. Aquel buitre lo tenía calculado todo de manera que pudiese huir cuando nosotros llegábamos a la casa en manada. Un simple disfraz de policía le podía servir muy bien. Y era eso lo que llevaba. Pero la ciega lo oyó. Todos sabéis que esa ciega era una auténtica campeona disparando cuando veía. Y sigue siéndolo ahora que no ve.

—¿Es posible que para un disparo de esa clase se guiara sólo por el ruido de unas pisadas? —gruñó uno de los agentes.

—No sólo es posible, sino que lo hizo. Y ya no me sorprende tanto después de saber que algunos socios del Laurendale Club cuentan maravillas de ella.

—La lástima —murmuró el subjefe— fue que la bala resultó demasiado certera. Aquél buitre ya no podrá hablar.

—No es eso lo que me obsesiona —dijo Murrigan.

—¿No?

—Hay otras cosas. Como por ejemplo la muerte de aquel pobre muchacho. Si cuando cacemos a esos puercos asesinos no han restablecido la pena capital en Florida, seré yo mismo quien se ocupe de matarlos.

—No se preocupe ahora por eso, Murrigan. Antes debe atraparlos. ¿Y cómo?

—Otra de las cosas que me obsesiona —dijo el jefe de la brigada como si no hubiese oído aquella observación— es que en el maletín estaban los tres millones de dólares. Justo tal como habían pedido los secuestradores. Y nadie hizo un maldito gesto para recogerlos.

—¿Quizá intuyeran también una trampa?

—No, esta vez no. Seguimos escrupulosamente sus indicaciones. Incluso el tendido de la red de alarma electrónica fue tan rápida y silenciosa que no creo que tuvieran tiempo de darse cuenta.

—Entonces —dijo alguien a media voz—. ¿Qué pretenden?

—Imposible saberlo —musitó Murrigan—, aunque cabe la

posibilidad de que el fulano que murió estuviese encargado de recoger el paquete con un garfio mientras los caimanes devoraban a Richard.

—Pero en ese caso, ¿por qué huyó?

—Quizá perdió la serenidad. Es algo que no podemos descartar en modo alguno, dentro de la conducta humana.

Y volvieron a sumirse todos en un espeso silencio, porque en realidad se sentían perdidos. Ni un solo indicio más había llegado hasta ellos. Incluso un rápido tiroteo en una modesta casa de habitaciones de Tampa, tiroteo en el que habían muerto un hombre y una mujer, estaba siendo estudiado por la Brigada de Homicidios, es decir por otra sección. Nadie relacionaba aquello con el secuestro de Melody Crossman, y por lo tanto no se le había pasado informe a Murrigan.

Pero en aquel momento llegó otra clase de noticia.

Un funcionario silencioso, adscrito a una mal llamada Sección Confidencial entró en el amplio despacho. Entregó a Murrigan una caja con una cinta magnetofónica. Con un gesto ambiguo musitó:

—Le ruego que la ponga.

Murrigan situó aquella cinta en el aparato.

Y la oyó.

Todos guardaban un expectante silencio.

Al final Murrigan se secó con el pañuelo unas gotitas de sudor que perlaban su frente.

—Por todos los infiernos... —gruñó—. ¡Pero esto es asombroso!...

* * *

El teléfono sonó en el despacho adjunto, donde estaban los servicios administrativos de la brigada de Murrigan.

Una voz opaca preguntó por el jefe.

—No puede ponerse en este momento —dijo la funcionaria, una mujer-policía que hubiese servido para una exhibición de *strip-tease*—. Está escuchando una grabación.

—De acuerdo —dijo la voz opaca—. Necesito darle una información confidencial.

—¿A qué asunto se refiere?

—Un hombre y una mujer han muerto a balazos en una casa de habitaciones baratas del sur de la ciudad.

—El asunto no ha correspondido a la Brigada Especial, sino a la de Homicidios. Espere, le colocaré enseguida con el encargado del caso —anunció la muchacha.

Y la chica *pin-up* fue a mover una palanquita que indicaba debía ser localizada aquella llamada a toda prisa, pero la voz opaca gruñó:

—Mire, nena, ya sé que está usted moviendo la palanquita roja que tiene a su derecha, mientras piensa entretenerme. Pero le ahorraré trabajo. Estoy en una cabina telefónica del aeropuerto, y el patrullero más próximo tardará cuatro minutos en llegar aquí. Si antes de un minuto exacto no me ha puesto con la Brigada de Homicidios, colgaré y no volverán a saber más de mí. De modo que ustedes se lo pierden.

La chica se estremeció. Aquel magnífico ejemplar de sexy-policía quedó impresionado por la seguridad de la voz opaca que le llegaba a través del cable.

—En seguida le pongo con la Brigada —contestó—. No tendrá que esperar ni diez segundos.

E hizo la conexión, mientras avisaba a toda prisa al patrullero que estaba más cercano al aeropuerto. Justo a cuatro minutos de distancia del mismo.

El detective encargado del caso de la pensión barata del sur también quedó impresionado por aquella voz seca, sin matices, que dijo sencillamente:

—Tiene treinta segundos para escucharme. Transcurrido ése tiempo, colgaré y huiré, de modo que no intente entretenerme. En la pensión donde un hombre y una mujer han muerto con la boca destrozada, han podido encontrar esposado y amordazado a un tío. Iba a interrogarle yo, pero la llegada de la policía no he ha dado tiempo.

—¿Usted es el que ha... ha...?

—Sólo he dicho que la llegada de la policía no me dio tiempo —indicó la voz sin matices—. Nada más. Pues bien, ese fulano que estaba vivo debe ser interrogado por Murrigan. Él debe saber dónde se ocultan los secuestradores de Melody Crossman.

El detective tragó saliva.

—¿Quién es usted?

—Le he dicho que no intente entretenerme. Nos quedan sólo

quince segundos de diálogo.

—Es que no podremos interrogar a ese hombre... El peludo que usted dice que quedó vivo.

—¿Por qué no podrán?

—Acaba de morir —dijo el detective—. Alguien que estaba con él en la celda de clasificación, le ha pasado un cigarrillo. Nadie dice quién ha sido. Y tabaco llevan todos.

—¿Un cigarrillo? ¿Y qué tiene eso de grave?

—Nada, si el filtro no hubiese estado impregnado con ácido prúsico. Había allí la ración suficiente para matar a un buey. Oiga... ¡Diablos, oiga!...

Pero Jess Malone ya había colgado.

Capítulo XI

EL INCREÍBLE CASO DEL HOMBRE QUE INVENTO EL RAYO

MURRIGAN detuvo el movimiento del magnetófono mientras miraba la cinta recién traída y repetía:

—Es asombroso...

Sus hombres habían formado pifia en torno a él.

—Sí —dijo uno de ellos— nunca creímos que los micros que instalamos en los domicilios de todos los Crossman funcionaran con esa precisión. Han recogido y grabado una conversación sostenida a más de doce pasos de distancia.

—Estaba seguro de que ya no confiarían en nosotros después de lo que ocurrió en la piscina, ¿verdad?

—Claro...

—Y que no nos avisarían en caso de recibir un nuevo anónimo...

—¿Por qué iban a avisarnos? Ya habíamos fracasado dos veces; ya habíamos provocado dos muertos. Es natural que ahora la familia haya decidido ignorar a la policía.

—Y aquí está el resultado —dijo el subjefe de la brigada—. Han recibido otro anónimo y no nos han avisado a nosotros. No lo hubiésemos sabido jamás de no ser por esa conversación grabada. La voz de Archibald Keyton, uno de los más cercanos parientes de Symphony. Y también pariente de Melody, por supuesto, puesto que el clan de los Keyton forma parte integrante del clan de los Crossman.

—¿Con quién habla?

—Seguro que con la abuela, con la jefe del clan de los Crossman. Oigamos otra vez la conversación.

La cinta rodó de nuevo. Se captaba perfectamente el sonido del dial del teléfono al girar. La voz del hombre que hablaba llegó con

claridad.

«— ¿Ma?...»

«Ma» sólo podía ser la abuela, la jefe del clan. Era el diminutivo cariñoso que se aplicaba a «Mamá».

La respuesta no llegó.

«—Perdona que te llame a la hora en que cuidas las flores —dijo Archibald—, pero acabo de recibir en el correo de esta mañana un nuevo anónimo. Si es como los otros...

—Dicen que saben que la policía nos devolvió el dinero. Es decir, las dos maletas que flotaban en el agua.

—Por supuesto. Dicen también que la casa estaba rodeada de trampas. Ellos exigían juego limpio y nosotros no lo practicamos.

—Exigen absoluta seguridad, «Ma». Dicen que ya no tendremos más avisos y que no queda ninguna oportunidad más, absolutamente ninguna más, para salvar la vida de Melody. Los tres millones los quieren en un lugar donde no pueda existir la menor posibilidad de una trampa.

—Sí, por supuesto que han fijado el sitio. Aquí lo dice claramente. El antiguo campo de tiro de Glendale Point.

—Debo ir yo solo. Debo ir yo solo con el dinero a las doce en punto de esta noche.

—Ya sé lo que quieres decir. Y por descontado que tengo miedo. Pero no puedo dejar, por un momento de pánico, que liquiden a Melody y nos envíen sus restos.

—Yo creo que aún está viva. De lo contrario habrían tenido más prisa de la que tienen en apoderarse de los tres millones de dólares.

—Claro que seguiré tu consejo, «Ma». Esta vez la policía no va a saber una palabra. Tengo pruebas de que el correo no está vigilado, porque lo va a recoger a la casilla mi propia secretaria.

—No te preocupes, «Ma». Pagaré y en paz. Mañana mismo habrá terminado esta condenada pesadilla».

Se oyó el «Chask».

La conversación había terminado.

Murrigan cortó el paso de la cinta mientras sus ojos enviaban al vacío una mirada perdida.

—Green que no sabemos nada —dijo.

—¿Y qué va a hacer, jefe?

Murrigan no contestó. Lo único que hizo fue acercarse a una

pared y situar en ella un plano de la zona a gran escala. Allí estaba, por supuesto, Glendale Point. Era un antiguo campo de tiro de la Infantería de Marina.

Por un lado lo limitaban unos peñascos escarpados que daban al mar. Por otro una carretera muy visible en la que no podrían situar ningún coche de observación. El tercer lado correspondía a unas rocas altas y que cortaban la perspectiva. Por fin, el cuarto límite también caía en forma de peñascos sobre el mar, pues Glendale Point formaba un ángulo en la costa.

Murrigan analizó el sector sobre el plano. Todo era liso y sin vegetación, como corresponde a un campo de tiro.

—Han elegido bien, maldita sea su estampa.

—No hay modo de situar escuchas electrónicos.

—Quiero situar hombres —dijo Murrigan—. Esta vez hombres.

—¿Dónde?

—En esas rocas. Sólo dos.

—¿Vestidos de negro?

—Sí. Con equipos completamente negros. Con prismáticos de gran precisión y con rifles de amplio radio de tiro. Uno de esos dos hombres seré yo.

—¿Quién será el otro?

—Kroner.

—Kroner es el mejor tirador que tenemos.

—Al perro que atravesase Glendale Point para recoger el botín no voy a regalarle confites, sino balas.

—Pero, cuando lo mate, ellos matarán a Melody Crossman.

—No tiraré a matar. Y Kroner tampoco. Somos lo bastante hábiles para dejar a un tío cojo. Y en menos de diez minutos habla. Os juro que habla.

Todos guardaron silencio.

Sabían que aquello significaba jugar la partida a una sola carta.

Pero ya habían pasado tantas cosas que no les importaban los detalles. No les importaba la prudencia. Poner en peligro la vida de Melody Crossman era menos importante que su propia y terrible sensación de fracaso.

Murrigan gruñó:

—Avisad a Kroner. Que no beba una sola gota de alcohol. Vigilad también especialmente a Archibald Keyton para saber que

sale con el dinero.

* * *

Archibald Keyton, el miembro más importante del clan que quedaba vivo después de la abuela, salió sobre las once con una de sus secretarias. La iba sobando de tal manera que cualquiera hubiese jurado por todos sus muertos que los dos pájaros se iban a dar un lote en cualquier motel discreto.

Se introdujeron en el coche y arrancaron.

El policía que vigilaba desde uno de los tejados contiguos informó por radio:

—Ahora. Pero no lleva el dinero. Ha salido con las manos vacías.

—¿Y dónde tiene las manos?

—En la popa de su secretaria.

Se cortó la comunicación después de tan instructivo informe. Pero Murrigan sabía que aquella especie de depravada exhibición por parte de Archibald sólo tenía por objeto despistar a cualquier policía que le estuviese observando.

Un motorista borracho les siguió durante unos minutos.

Bueno, de borracho nada.

Instantes más tarde informaba:

—La secretaria ha bajado en el cruce de la calle Perkins.

—Bueno, que te sustituya Hood.

Hood llevaba un vehículo de reparto de Prensa. Desde el vehículo de reparto informaron minutos después:

—Ha entrado en un garaje que tiene surtidor de gasolina en el interior.

—Pues seguro que allí un familiar le entrega el dinero —dijo Murrigan—. Ya podéis abandonar la persecución. Ya sabemos que lo lleva.

Murrigan mismo se puso en movimiento unos segundos después: Iba vestido de una extraña manera, como si se dispusiese a hacer una inmersión en las aguas del golfo de México. Kroner, a su lado, iba vestido de igual manera. Llevaban rifles de precisión.

—Vamos.

Los dos hombres salieron del helipuerto de la sede central de la policía en un pequeño «Sikorsky» de cuatro plazas. El helicóptero se dirigió al antiguo campo de tiro de Glendale Point cuando todavía

no eran las diez y media. Los dos hombres fueron soltados a más de tres millas de distancia, de modo que ni siquiera podían ser vistos por cualquiera que se encontrase en el viejo campo de tiro. Hicieron el resto del camino a pie.

Situados entre las rocas que cerraban un lado del perímetro, vieron perfectamente a Archibald Keyton. Este había llegado con una anticipación enorme. Estaba en el centro del viejo polígono, bañado por la luz de la luna, sin tener a su lado otra cosa que una maleta negra. Hasta el coche lo había dejado a cierta distancia para que no supiesen adónde iba.

El tiempo transcurrió lentamente.

Con las armas listas, los dos policías esperaban algo. Esperaron ver alguna figura humana que se acercase al dinero.

Pero no llegaba nadie.

La sensación de soledad se les hacía agobiante. Tenían la sensación de ser ellos los que habían caído en una trampa.

De pronto Kroner musitó:

—Oiga...

Un rumor lento, suave como el de un moscardón llegaba del lado del océano. Pronto el rumor se hizo más insistente y más fuerte. Entonces vieron al aparato.

El helicóptero subía desde el nivel del agua. Es decir, aparecía por el borde de los acantilados como la cabeza de un alpinista que los hubiera estado escalando.

Pero no fue eso lo que les asombró.

Sino el propio aparato.

Kroner balbució:

—No puede ser...

Y Murrigan:

—Es el mismo...

En efecto, era el mismo helicóptero que se había llevado a Melody Crossman ante más de cien mil espectadores. El mismo aparato. ¡EL MISMO!

—Es imposible —balbució Murrigan—, No han podido esconderlo en ninguna parte. Lo hemos registrado todo. ¡No han podido esconderlo en ninguna parte!

Kroner aventuró:

—Quizá un barco...

—No puede ser. Necesita una amplitud por lo menos dos veces superior a la de las aspas del helicóptero. Un cacharro de ese tonelaje nos habría llamado la atención.

—Pues entonces... ¿qué?

Los dos hombres se enfrentaron a lo desconocido.

—De un modo u otro no nos importa —gruñó Murrigan—. Lo esencial es lo que va a pasar ahora.

En efecto, el aparato se acercaba a Archibald Keyton. Estaba a muy poca altura por encima de su cabeza.

Keyton no se movía. Sabía que su vida dependía de aquellos asesinos que tenía sobre su cabeza. Pero estaba tranquilo.

La policía no estaba enterada de nada. Y él no había tendido ninguna trampa.

Materialmente encima de su cabeza, el aparato dejó caer sobre la alta y quieta figura un rayo de luz. Aquello produjo un efecto fantasmal, como si aquella claridad llegara misteriosamente del infinito. Archibald Keyton quedó perfectamente iluminado bajo las aspas.

Entonces un gancho bajó al extremo de un cable.

—Es un buen blanco. Con cuatro disparos seguidos lo hacíamos polvo —barbotó Kroner.

—Naturalmente, idiota. Y el helicóptero, que está sobre la cabeza de Keyton, le cae encima inevitablemente. Y lo hace trizas. Y luego se incendia. Y convierte en cenizas tres millones de dólares. Un éxito, lo que se dice un éxito.

Kroner calló.

Comprendió que su jefe tenía razón. Lo que él acababa de sugerir era como para que pasasen por las armas a toda prisa la Brigada de Servicios Especiales.

—Aguardaremos a que se aparte —dijo.

Murrigan susurró:

—Igual se quemarán tres millones y morirán esos cerdos, de modo que no podremos interrogarlos. No. Creo que nos han atrapado otra vez. No imaginaba que llegaran de ese modo.

Pero lo que no imaginaba fue lo que ocurrió luego.

Los tres millones ya estaban en el interior del helicóptero.

Y de pronto, de la cabina de éste... ¡brotó un auténtico rayo!

¡El rayo siguió exactamente la línea trazada por el surco de luz!

¡Y alcanzó de lleno a Keyton!

Los dos policías no podían creer lo que sus ojos estaban viendo. Sintieron ambos el mismo estremecimiento de horror.

¡Pero Archibald Keyton se estaba retorciendo en el suelo! ¡Se estaba abrasando como si le hubiera alcanzado un rayo de verdad!

Murrigan disparó furiosamente.

Sin embargo el helicóptero había dado un salto hacia las alturas, elevándose rápidamente. No cabía duda de que lo pilotaba un experto.

Las dos balas pasaron un poco bajas.

Pero Murrigan no se puso nervioso.

Le envió otra bala.

Esta atravesó el fuselaje de lado a lado. Lo malo fue que no estalló dentro. Caso de hacerlo, hubiese enviado al aparato a parir panteras a los infiernos.

Kroner masculló:

—¡Viene hacia aquí!

En efecto, el ágil aparato ya se posaba casi encima de sus cabezas. Los disparos les habían delatado.

Como la distancia era muy corta, el helicóptero la recorrió en cuestión de segundos, antes de que Murrigan hubiera podido modificar la posición del rifle. Kroner lo tenía en línea, pero Kroner acababa de presenciar la horrible muerte de Keyton y eso le hizo perder la serenidad.

—¡Cuidado!

Hundió la cabeza.

Estaba seguro de que sobre ellos iba a abatirse otro rayo.

Pero desde el aparato cayó otra cosa.

Una sencilla cesta.

Una cesta de mimbre que dio dos vueltas de campana en el aire y de la cual se desprendieron... ¡tres serpientes de cascabel!

¡Y las tres cayeron materialmente sobre los dos hombres!...

Capítulo XII

EL INCREÍBLE CASO DEL VENDEDOR DE MUERTOS

COMO en una serie de chispazos instantáneos, como en una serie de fotografías pasadas ante sus ojos a una velocidad que no permitía verlas, Murrigan se dio cuenta de lo que aquello significaba. Comprendió que los asesinos que se hallaban en el helicóptero estaban mucho mejor preparados de lo que él llegó a imaginar jamás.

En primer lugar, tenían en la cabina un poderoso acumulador capaz de lanzar una descarga de alto voltaje.

Por medio de vibraciones, aquella descarga podía ser dirigida exactamente en el sentido de un rayo de luz, del mismo modo que los cohetes teledirigidos siguen también exactamente la trayectoria de una visual, la cual es corregida en cada momento si el blanco se desplaza. Eso significaba que les había bastado con iluminar a Archibald Keyton para que éste estuviera condenado a muerte.

Sin duda no habían empleado armas de fuego, lo que hubiese dado el mismo resultado, porque las balas y los casquillos son pistas demasiado claras.

Y ahora, cuando se disponían a matarles a ellos dos, apostados entre las rocas, tampoco las usarían.

Pero Murrigan sabía por qué.

Sin duda los del helicóptero, los de arriba, llevaban ametralladoras para un caso de emergencia.

Pero ametrallar a dos hombres ocultos entre las rocas ofrece dificultades.

En cambio no lograrían esquivar a tres serpientes de cascabel lanzadas sobre sus cabezas. Las serpientes les buscarían. Sus mortíferas bocas harían presa en ellos.

El jefe de la brigada lanzó un salvaje imprecación.

Giró su fusil hacia el primero de los bichos, que había caído a menos de tres pasos y estaba loco de rabia. Su largo cuerpo ya se había tensado hacia él como una flecha.

Hizo fuego.

Menos mal que conservaba el pulso.

La cabeza del reptil se deshizo en pedazos al recibir a tan corta distancia el impacto de la bala explosiva.

Pero Kroner, en cambio, había perdido los nervios por completo.

Lanzó un chillido histérico mientras soltaba su arma.

La serpiente se lanzó hacia él como una flecha.

Murrigan lanzó al aire dos cosas casi instantáneas: una maldición y una bala.

Pero la maldición produjo escasísimo efecto en la serpiente, y en cuanto a la bala explosiva... ¡falló!

Lo único que pudo verse fue un pedazo de roca dispersada en mil fragmentos, mientras del sitio de donde surgían éstos se elevaba una columnita de humo.

La serpiente ya tenía la boca casi encima de uno de los brazos de Kroner. Y no era sólo él quien estaba en peligro. La otra ya se abalanzaba sobre Murrigan. ¡El capitán la tenía junto a su cuello!

Ya no les quedaba ninguna posibilidad de salvarse. Los dos sintieron vibrar dentro de sus cráneos el silbido de la muerte.

Pero oyeron silbar algo más.

Las balas parecieron rozarles los ojos.

Una de las cabezas de serpiente estalló casi junto a Murrigan, produciéndole una nauseabunda sensación al mancharle de sangre. La otra quedó terriblemente inmovilizada junto al brazo de Kroner cuando iba a morderlo. Un segundo después, aquella cabeza se derrumbaba como si la hubiesen vaciado por dentro.

Los dos hombres miraron atónitos hacia el sitio de donde acababan de brotar los disparos. No podían creerlo. La sensación de la muerte aún les impedía hablar.

Jess Malone avanzó poco a poco entre la maleza que había detrás de las rocas. Su derecha aún sostenía una «Luger» humeante.

Se llevó dos dedos a la frente, a manera de saludo, mientras murmuraba:

—Pero que muy buenas noches, capitán Murrigan.

Murrigan apenas pudo balbucir:

—¿Qué infiernos hace aquí?

—Ya ve: turismo.

—¿Por qué nos ha salvado la vida?

—Quizá es porque usted me cae simpático, capitán Murrigan.

Ninguno de los dos policías fue capaz de hablar durante unos instantes. Tampoco fueron capaces de oponerse a que Jess Malone, todavía con la pistola en la mano, se acercara a los bichos y les diera un par de puntapiés para enviarlos lejos.

—¿Sabe que mis hombres le buscan, Malone? —susurró Murrigan.

—Claro que lo sé, capitán de las narices. Y si no hubiera tratado de esquivarles ya me hubiesen encontrado.

—Se le considera el primer sospechoso, Malone. Sólo usted parecía tener motivos para secuestrar a Melody Crossman. Todos los datos obtenidos, le señalan como culpable.

—Pues da la casualidad de que no lo soy, capitán. Ni ganaba nada con el secuestro ni he tenido jamás la menor intención de causar un daño a Melody Crossman.

Kroner recobró al fin el habla y preguntó a su vez:

—¿Dónde se ha ocultado hasta ahora?

—Ese es asunto mío.

—¿Por qué ha venido aquí?

—Digamos que también es asunto mío.

—Pero teóricamente usted no podía tener la menor noticia de esta cita con los secuestradores, a no ser que estuviese de acuerdo con ellos.

—No estoy de acuerdo con ellos, Kroner. Y si he podido llegar hasta aquí ha sido ejercitando una de las artes que cualquier detective privado debe aprender: seguir a las personas. Les he seguido a los dos.

Murrigan se secó con un pañuelo la cara, una cara donde había gotas de sudor hasta rastros diminutos de sangre.

—De un modo u otro le debo la vida, Malone. Eso no podré olvidarlo nunca.

—Pues olvídelo desde ahora, porque una de las cosas que me revienta más es salvarle el pellejo a un policía.

—¿Por qué interviene en esto?

—Pongamos que por dos cosas: porque para evitar que ustedes me persigan he de demostrar mi inocencia. Y porque no quiero que a Melody Crossman le ocurra el menor daño. Ah... También lo hago por Symphony Keyton. La chica me cae simpática.

Y abandonó tranquilamente el refugio de las rocas para encaminarse hacia el lugar donde yacía el cuerpo sin vida de Archibald Keyton. Estaba todavía a unos cinco pasos de distancia cuando gruñó:

—Infiernos...

En efecto, el cadáver presentaba quemaduras en un setenta por ciento de su superficie. La descarga eléctrica debía haber sido brutal.

Murrigan, que se había aproximado hasta allí casi arrastrándose, masculló:

—¿Por qué cree que pueden haber hecho esta salvajada? Ya tenían el dinero.

—Aquí hay algo que no encaja, capitán —contestó pensativamente Malone—. Hay algo que no hemos pensado aún, pero que existe.

—¿Qué es lo que no hemos pensado?

—No lo sé. Eso es lo peor: No lo sé. Con lo cerca que he estado de saberlo en aquella pensión que parecía hecha expreso para refugiados cubanos.

El policía se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Maldito sea mil veces, Malone —gruñó—. Ese es un asunto que no corresponde a mi departamento, ¿pero los ha matado usted sin sacarles una palabra?

—No tuve tiempo.

Y Jess Malone rodeó el cadáver sin dejar de mirarlo mientras decía pensativamente:

—Le vendo esos muertos, capitán. Le vendo también todos los muertos que pienso fabricar.

—¿Cree que me interesan?

—Estoy seguro de que sí —dijo Malone—. Cuando todos los secuestradores la hayan palmado, usted tendrá el caso resuelto sin mover un dedo.

El policía hizo crujir los nudillos mientras decía con un ronco acento de desesperación:

—¿Y cuál es el precio, Malone? ¿Por cuánto me vende todos esos muertos?

—Por mi libertad, capitán. El precio es mi libertad. Diga a sus hombres que dejen de olfatear mi pista y así podré trabajar sin necesidad de esconderme. Le aseguro que resultaré mucho más eficaz.

Capítulo XIII

EL INCREÍBLE CASO DE LA MUERTE EN TRES ELEMENTOS

LA asistente que acompañaba a Symphony. Keyton preguntó en voz baja desde la puerta del dormitorio:

—¿Quiere que me quede, señorita? —preferiría no dejarla sola.

La muchacha negó con la cabeza suavemente.

—Siempre me he quedado sola —dijo—. No me va a ocurrir nada.

—Pero la otra noche...

—La otra noche demostré que sabía defenderme. Además, no temas. No va a ocurrir nada. Sé que la policía vigila.

—Está bien, señorita. Como quiera. Buenas noches.

Cuando la mujer se alejaba por el sendero que llevaba al aparcamiento, pudo darse cuenta de que, en efecto, la casa estaba siendo vigilada.

La asistente tomó su pequeño «Ford» y se alejó. Estuvo siendo vigilada hasta hallarse a buena distancia. Pero nadie le cortó el paso porque la policía sabía que era la única persona que normalmente vivía en la casa, aparte de la propietaria.

Mientras tanto la muchacha había quedado sola. Anduvo junto a la piscina olímpica, que ahora estaba seca. Los de la Brigada Especial la habían vaciado y revisado concienzudamente a fin de reconstruir el crimen.

Luego fue hacia la piscina más pequeña, la infantil, que nunca había sido usada. La preciosa muchacha llegó al borde y se detuvo. Había algo extraño allí. Se inclinó e introdujo la derecha en lo que debía haber sido un fresco y cristalino líquido.

Pero esta noche la piscina también aparecía completamente seca.

Era curioso.

La policía no podía haberla vaciado. Precisamente unas pocas horas antes la muchacha había hecho el mismo gesto que ahora, y entonces sus manos se refrescaron con el líquido. No entendía cómo la piscina podía estar vacía ahora.

Pero se encogió de hombros al fin.

La muchacha siguió andando.

Seguía sin haber ninguna expresión en su rostro, casi cubierto del todo por las gafas negras.

Pero hubiesen tenido expresión sus facciones caso de poder ver lo que se deslizaba a su espalda.

La serpiente mamba se había deslizado por el borde de una de las tuberías de desagüe justo cuando la muchacha pasaba junto a ella. Una serpiente mamba que alzaba la cabeza con irritación, oteando el obstáculo que le cortaba el paso.

El ofidio estaba ya junto a los tacones de la mujer.

La muchacha se detuvo entonces.

Acababa de captar algo extraño.

Una ardilla de las que poblaban el jardín posterior, y cuyos árboles tocaban uno de los lados de la casa, estaba chillando enloquecida mientras buscaba refugio. Pasó rozándola casi para trepar hasta un sitio seguro.

La serpiente siguió aquel movimiento con un rápido giro de cabeza. Silbó enfurecida. Un brusco despliegue de su cola hizo que ésta rozara uno de los tobillos de la mujer que estaba apenas a dos pasos.

Y entonces ella captó el peligro. Captó la presencia de la muerte.

Se dio cuenta enseguida de lo que tenía detrás. No necesitaba ver a la mamba para identificarla. Su rabioso silbido, además, le advirtió de la inminencia del ataque.

Los poderosos músculos de aquellas piernas se pusieron entonces en acción. El salto de la muchacha lo hubiera envidiado una atleta.

Chocó materialmente con la esquina de la casa. Pero el silbido le advirtió que no estaba a salvo, ni mucho menos, porque la serpiente venía tras ella.

Sólo una cosa favorecía a la fugitiva, y era lo resbaladizo del suelo. En otro caso la mamba la hubiera alcanzado enseguida. Pero el ofidio patinó dos veces y se contorsionó antes de poder lanzarse

decididamente al ataque.

Mientras tanto la muchacha ya había llegado a la gran campana de cristal que cubría la piscina de aguas termales para conservar la temperatura. Abrió con desesperación la puerta, también de cristal, que permitía el acceso al interior, y la cerró a su espalda con un movimiento convulso.

La serpiente chocó materialmente contra aquella puerta.

Resbaló por la fina superficie.

Su viscoso cuerpo se contorsionó a dos pasos del de la muchacha, pero sin poder atravesar la campana de cristal que cubría la piscina.

Ella jadeó. Le costaba respirar como si de pronto se sintiera muy cansada.

Poco a poco avanzó hacia el borde de la piscina. Sabía que ahora, al menos, estaba segura contra los ataques de la serpiente. El bicho no podía atravesar la gruesa campana de cristal que protegía la temperatura ambiente.

De espaldas a las mecedoras donde un bañista podía tomar el sol de invierno sin que le molestase un solo soplo de aire frío, la muchacha no captó la presencia de aquel nuevo enemigo. No se dio cuenta de que una sombra sinuosa se movía poco a poco.

La muerte le había atacado en un elemento: en tierra.

Pero ahora iba a atacarla en un segundo elemento: el agua.

La sombra se deslizó por detrás de la muchacha.

Dos manos se tendieron hacia ella.

Hubieran podido estrangularla, pero ella era fuerte y estaba capacitada para defenderse. En cambio había una muerte mucho más sencilla y contra la que una ciega no tendría la menor defensa.

Las dos manos la empujaron.

La muchacha lanzó un gemido.

Dio una vuelta sobre sí misma antes de caer. Y su hermoso cuerpo se hundió en las aguas tibias.

Pero, volvió a salir. Nadaba muy bien y no significaba ningún peligro para ella mantenerse en el agua. En el primer momento no comprendió por qué la habían atacado así.

Pero pronto lo supo.

El hombre que la había empujado tomó uno de los largos rastrillos del jardín, el cual había entrado previamente bajo la

campana de cristal.

Y con él empujó hacia abajo la cabeza de la muchacha.

Para librarse de aquel salvaje ataque, hubo de hundirse en el agua. Y como hubo de hacerlo sin poder tragar aire, se encontró inmediatamente con que los pulmones le abrasaban.

No obstante tuvo la suficiente serenidad para nadar hacia el lado opuesto a aquél por donde había venido el ataque. Volvió a asomar la cabeza y tragó aire ansiosamente.

El hombre del rastrillo rio.

Había ido siguiendo sus movimientos desde el borde de la piscina.

Otra vez las púas cayeron sobre el cuero cabelludo de la muchacha, hiriéndola levemente.

Ella balbució apenas:

—Dios mío...

Y volvió a hundirse en el agua.

Se daba cuenta del trágico juego. Primero había sido una serpiente: ahora una piscina en cuyas aguas terminaría ahogándose. Todo ello en el más absoluto silencio, sin que un sonido llegara hasta donde estaban los patrulleros.

Salió por un sitio muy distinto de aquél en que la habían atacado.

Pero tampoco sirvió.

El asesino había vuelto a situarse bien. Para él era un juego de niños seguirla desde la orilla. Otra vez dejó caer el rastrillo, pero ahora alcanzando el cuello de la chica.

Ella gritó, pero el grito no sirvió de nada. Se perdió en el fondo de la campana de cristal, donde apenas tuvo eco.

Esta vez los pulmones le abrasaron más aún. Su sangre estaba más cargada de anhídrido carbónico y el cerebro se le nublaba. Notó que empezaban a fallarle las fuerzas.

Ya a la desesperada, salió y tragó aire otra vez. Pero no tuvo apenas tiempo. Esas púas del rastrillo volvieron a hundirla.

La situación se repitió otras dos veces. La muchacha estaba destrozada. Su cuerpo ya casi flotaba sin fuerzas en las aguas quietas. Supo que un par de minutos después, como máximo, se hundiría sin remedio para no volver a salir con vida.

El hombre del rastrillo lanzó otra risita seca.

Se dispuso a hundirla definitivamente.

Y entonces notó aquella presión a su espalda. Al principio no supo de qué se trataba. Sólo unos segundos después, cuando empezó a volverse, supo que aquello era la muerte.

Dos manos de hierro le habían sujetado las vértebras cervicales. Sonó un chasquido.

El cuello del hombre se rompió. Y unos segundos después caía al agua convertido en un bulto inerte.

La muchacha, que respiraba ansiosamente a un lado de la piscina, apenas pudo preguntar:

—¿Qué... es eso? ¿Quién está ahí?

—No ha sido nada de particular —dijo el que acababa de salvarla—. Soy Jess Malone.

—Jess... ¿cómo has llegado aquí?

—De la forma más sencilla: entrando por la puerta.

—Pero había una serpiente...

—No he podido acabar con ella, pero ha sido fácil alejarla de un puntapié —explicó Malone—. De todos modos no podemos fiarnos.

Y enseguida añadió, mientras avanzaba hacia el lugar en que estaba la muchacha:

—Creo que estás pasando un mal rato. Te ayudaré a salir.

Para sacarla del agua necesitó hacer toda la fuerza él, porque la chica, un minuto después, ya no hubiera sido capaz de mantenerse a flote.

—¿Qué ha pasado con ese hombre? —balbució.

Jess Malone dijo suavemente:

—Reza por él.

Y la sacó de allí. Apoyándola en sus hombros, la condujo lentamente hacia la casa, donde ella podía considerarse segura. O relativamente segura al menos.

—Es curioso —dijo Jess—. Han intentado matarte por tierra y luego en el agua. Ahora sólo falta que traten de matarte en...

Iba a decir «en el aire».

Y de pronto quedó sin habla.

Porque ante sus ojos estaba desarrollándose algo que en el primer instante le pareció inverosímil.

De pronto entendió por qué la piscina pequeña, la infantil, estaba seca.

Alguien la había vaciado con toda intención. La necesitaba así para lo que iba a ocurrir.

Debajo de su suelo de baldosas había dos grandes planchas metálicas que ocupaban todo el fondo. Ahora lo comprendió Jess.

Esas planchas se estaban corriendo hacia los lados, dejando debajo de la piscina un gran espacio hueco. Algo parecido a un enorme pozo en forma de corazón, pues ésa era la forma que tenía la piscina.

El helicóptero estaba brotando de allí.

Se elevaba verticalmente hasta aparecer como una planta macabra.

Ahora comprendía Jess Malone dónde había estado oculto aquel tiempo.

Pero ya no quedaba tiempo para pensar.

Sólo quedaba tiempo para actuar...

* * *

Tiró de la muchacha, intentando protegerla en algún lado, aunque eso le pareció imposible en el primer momento. De una forma maquinal gritó:

—¡Cuidado!

Pero ya era tarde. Desde la cabina del helicóptero partió la primera ráfaga.

Tiraban con ametralladora pesada.

Jess y la muchacha rodaron por el suelo.

La enloquecedora ráfaga siguió sus movimientos.

Las balas estallaron apenas a cinco centímetros por encima de sus cabezas. Se llevaron por delante parte de la pared.

La muerte llegaba desde el aire. La muerte llegaba desde el tercer elemento.

Alguien asomó con una ametralladora por un lado de la cabina y les apuntó cuidadosamente.

Era el fin...

Capítulo XIV

EL INCREÍBLE CASO DE LA SERPIENTE VOLADORA

EL hombre que había asomado por la cabina, y que vestía un mono de piloto completamente negro, encañonó a las dos figuras situadas apenas a veinte yardas de distancia y se dispuso a apretar el gatillo.

En realidad creyó incluso que lo había hecho. Tuvo la sensación de que cerraba el dedo sobre el disparador. La bala le atravesó la cabeza de lleno.

El hombre cayó pesadamente desde la cabina del helicóptero, que estaba suspendido en el aire, y chocó con el fondo de la vacía piscina olímpica. Segundos después sonaba un nuevo disparo.

Jess Malone miró hacia el lugar de donde acababa de brotar la nueva detonación. Y se dio cuenta entonces de qué era lo que acababa de salvarle la vida.

El ruido de un helicóptero en pleno vuelo y las ráfagas de metralleta habían sido demasiadas cosas para no llamar la atención de los patrulleros.

La visión del helicóptero debió asombrarles tanto como a los dos jóvenes, pero los policías fueron rápidos. Mientras uno de ellos colocaba el coche en buena posición, el otro asomaba por una portezuela y disparaba con su revólver.

Su puntería resultó infalible. Después de enviar al infierno al hombre de la metralleta, disparó contra el piloto.

Lo veía bien. Y si el piloto no llega a ladear la cabeza en la última fracción de segundo, lo deja seco allí mismo.

La bala atravesó el cristal de la carlinga mientras el helicóptero daba un tremendo salto en la altura, igual que si lo hubieran empujado desde abajo. Esto le situó fuera del alcance de las balas, e

instantáneamente pasó al ataque.

El helicóptero se situó sobre sus cabezas antes de que pudieran reaccionar. El coche empezó a maniobrar desesperadamente para salir de aquella trampa mortal, pero ya no tuvo tiempo.

La bomba de unos veinte kilos, había sido arrojada a mano desde la misma cabina. Atravesó el techo del vehículo y estalló en el interior.

El tanque de gasolina, al estallar casi al mismo tiempo, lo convirtió en una bola de fuego que se descompuso en cien pedazos.

Jess Malone estaba paralizado no sólo por el asombro, sino también por aquella sensación de muerte que era como una droga.

La muchacha gimió:

—Viene otro...

En efecto, otro coche patrullero aullaba a gran velocidad hacia la muerte. Ninguno de sus hombres se daba exacta cuenta de lo que estaba ocurriendo. Cuando vieron al helicóptero, el cañón ligero que estaba acoplado a la panza del helicóptero empezó a funcionar entonces.

Era un arma de tiro rápido que empleaba balas explosivas de treinta milímetros. Cuatro de ellas alcanzaron de lleno al coche.

Este pareció explotar en cuatro tiempos. Se convirtió en pura chatarra llameante que saltaba en todas direcciones.

Jess Malone protegió con su cuerpo a la muchacha.

Notaba que ella se había quedado sin respiración.

Ahora todo estaba perdido. Ahora el helicóptero vendría a por ellos y los liquidaría en la más absoluta impunidad.

Ella balbució:

—Si pudiésemos llegar hasta la casa...

Allí estarían protegidos. Bueno... protegidos relativamente. Desde el helicóptero no podrían entonces ametrallarles, pero con una carga incendiaria podrían convertir en llamas el edificio.

De todos modos era una posibilidad.

Una posibilidad que ya no realizarían.

Porque la maniobra del helicóptero les cortaba el camino. Tenían que estar quietos allí, esperando a la muerte. La muchacha hundió la cabeza en el pecho de Jess Malone, mientras se estremecía de horror.

Jess Malone entrecerró los ojos.

Su última y remota posibilidad de llegar hasta el interior de la casa podía darla por perdida.

Porque por el borde de la piscina olímpica, regresando hacia ellos, llegaba... ¡La serpiente mamba! La misma que él había alejado antes ¡VOLVÍA A ESTAR ALLÍ!

De la garganta de Jess Malone escapó una especie de rugido.

Sus músculos se tensaron hasta dar la sensación de que iban a romperse.

En sus ojos brillaba una lucecita que en algún momento llegó a parecer satánica.

Muerto por muerto, prefirió luchar.

Y jugó la carta más salvaje que había jugado jamás. Atacó con el arma más inconcebible que hubiera llegado a imaginar. Se lanzó de cara hacia la muerte sabiendo que sólo la muerte podía darle la vida.

El helicóptero ya se situaba en posición para ametrallarles.

No se daba prisa. Muertos los policías e inmovilizados ellos dos, podían destrozarnos a balazos cuando y como quisieran. La ametralladora pesada emplazada en la cabina giró para convertirlos en pulpa.

Y entonces fue cuando Jess Malone saltó. Entonces hizo en el aire aquella finta mortal... ¡como si buscara la boca de la serpiente!

El propio ofidio pareció sorprendido por la rapidez de aquella maniobra. Giró la cabeza a un lado mientras Jess venía por otro, fintando en la última décima de segundo.

La mamba giró sobre sí misma para atacar de nuevo en aquella dirección.

Desde el helicóptero debían estar viéndolo todo. Seguro que encontraban el espectáculo la mar de divertido. Jess Malone, aquel pobre tipo que iba a morir, les obsequiaba con una exhibición de circo.

Pero Jess Malone sabía que jugaba la última carta, y por lo tanto la jugó bien. Se lanzó sobre la mamba desesperadamente y la sujetó por la garganta y la cola. Inmediatamente soltó la cola para poder hacer oscilar el bicho como si fuese la cuerda de un lacero.

La temible serpiente fue lanzada por los aires. Voló durante unos instantes, retorciéndose rabiosamente en el espacio... ¡Y penetró por la puerta del helicóptero! ¡Se metió en la cabina!

Inmediatamente se oyó un concierto de gritos de horror. La serpiente se retorció en aquel pequeño espacio e hincaba sus dientes en todas las piernas que encontraba en su camino. Posiblemente a los últimos ya no les fue inoculado ningún veneno, puesto que las glándulas del ofidio estaban vacías, pero el efecto terrorífico fue el mismo. Todos tuvieron durante aquellos segundos una auténtica visión del infierno.

El piloto perdió los mandos.

No sabía dónde estaba.

Intentó enderezar el aparato en el último instante, cuando ya todo estaba perdido, cuando materialmente chocaban contra la primera hilera de árboles centenarios.

El helicóptero dio un terrible salto, dejándose las aspas en el camino. Luego volvió a caer porque ya no tenía control. Se dejó en el próximo árbol el plano de cola. Dio un terrible brinco, como un animal herido... ¡y fue a precipitarse sobre uno de los coches patrulla que se estaban incendiando...!

Inmediatamente el aparato se convirtió en una inmensa bola de fuego...

Capítulo XV

EL INCREÍBLE CASO DE LOS OJOS MUERTOS

JESS MALONE sintió que los pulmones le quemaban mientras veía todo aquello. No se daba cuenta, pero estaba jadeando. Los últimos minutos habían sido tan tensos, tan agobiantes que le habían cansado como una carrera de cinco millas.

Sus ojos se clavaron entonces en la muchacha.

Ella se había puesto en pie.

Todavía vacilaba.

—Ya todo ha pasado —dijo él con voz tranquila, mientras ayudaba a sostenerla—. Estamos en una especie de cementerio, porque han caído para siempre incluso los policías que rodeaban las casa, pero al menos ya no tenemos enemigos. Podemos salir de aquí cuando nos plazca.

Ella cabeceó afirmativamente.

Iba recobrando las fuerzas poco a poco, pero todavía vacilaba.

Al fin susurró:

—¿Y a Melody? ¿Cómo vamos a encontrarla? ¿Dónde puede estar ahora? ¿Cómo vamos a dar con ella?

No cabía duda de que se sentía más agobiada por la suerte de la otra mujer que por la suya propia. En este momento ya no pensaba en ella, sino en lo que le podía ocurrir a Melody Crossman.

¿Dónde podría encontrarla? ¿Dónde podía estar?

Y en ese momento lo supo.

En ese momento oyó su voz.

La voz de Melody Crossman.

En ese momento notó la amenaza de su revólver. El revólver de Melody Crossman.

Fue Jess Malone quien la vio cuando giraba la vista por casualidad. Fue él quien la distinguió saliendo del compartimento secreto de la piscina, donde estaba instalada la base ignorada por todos. Fue él quien comprendió al instante, con un solo golpe de vista, dónde había estado escondida Melody Crossman.

Porque ahora la tenían allí.

Audaz y rutilante como siempre.

Tentadora.

Mientras les apuntaba con su revólver, un «Magnum» del 45, gritó:

—¡Lo habéis hecho fracasar todo, pero no creáis que vais a salir vivos de aquí! ¡Vais a reventar como todos éstos! ¡El infierno os espera! ¡MORID, CONDENADOS PERROS...!

* * *

Una serpiente asomando por el nudo de su corbata, no hubiera podido causar a Jess Malone más sorpresa y al mismo tiempo más indefinible asco. Porque de pronto, en sólo tres segundos, se dio cuenta de toda aquella nauseabunda suciedad.

Melody Crossman se había hecho secuestrar por sus propios compinches a la vista de todos, para que nadie dudase de que, en efecto, unos maleantes se la habían llevado consigo. Para que nadie pudiera sospechar de ella y al mismo tiempo para que nadie dudase en pagar.

Pero ella no quería cobrar.

Ahora lo veía Jess Malone espantosamente claro.

Con una claridad turbia y siniestra.

Melody no ansiaba dinero por ahora. Lo que quería era que los familiares más íntimos, los que estaban antes que ella en la línea de la herencia se presentaran indefensos ante los verdugos que la misma Melody había seleccionado... ¡Y QUE MURIERAN SIN QUE A ELLA PUDIERAN JAMÁS ACUSARLA!

Sólo quedaría viva la abuela, pero la abuela tenía que reventar pronto. Era ley de vida. Y Melody, que oportunamente habría sido «soltada» por los secuestradores antes de desaparecer éstos, sólo tendría que esperar un poco para cobrar una fabulosa herencia.

Ella solita.

Todo a sus manos.

Sin estorbos.

Melody Crossman tenía los ojos entrecerrados. Eran unos ojos duros, crueles, con la fijeza de dos pedazos de metal.

Parecía haber adivinado los pensamientos de Jess.

—Quizá imaginas que yo tengo ya mucho dinero ahora —dijo—, pero te equivocas. Necesito más, mucho más. Cuando me casé con un hombre que tenía negocios de minas en Sudáfrica pensé que podía convertirme con ello en una de las mujeres más ricas del mundo, pero mi marido está sin blanca. Se ha arruinado.

Movió el revólver hacia adelante, apuntando a la cabeza de Jess. Sabía que éste no llevaba armas, por lo cual era una víctima fácil. En cuanto a Symphony, ni siquiera tenía que preocuparse de ella porque era una ciega.

—Gracias por haber demostrado que me querías, Jess —dijo con una siniestra indiferencia—. Gracias por haberte ocupado tanto de mí. Aquí tienes mi respuesta... ¡REVIENTA!

Y fue a apretar el gatillo.

Jess Malone no se había movido.

Estaba como paralizado, como helado por su propio asombro.

No sentía temor a la muerte. No le importaba acabar. Lo único que le dolía hasta en la sangre era ver aquella mujer sedienta de crimen.

—Dispara —dijo—, dispara de una maldita vez...

Y sonó la detonación.

Los ecos repercutieron en el aire y se extinguieron como los de una campana de funeral. Melody Crossman quedó como paralizada por el estupor. El brazo que empuñaba el revólver sufrió una sacudida y luego bajó. En la hermosa cara apareció una manchita roja.

Luego dos hilos del mismo color.

La mancha se extendía, se extendía, lo llenaba todo...

Por fin la mujer se derrumbó. Melody cayó como un fardo sobre los esbeltos tallos de hierba. Su cara convertida en una máscara roja, quedó vuelta hacia las aguas de la bahía.

Jess Malone volvió la cabeza poco a poco.

Estaba asombrado.

No podía creerlo.

Sus ojos se clavaron entonces en la alta figura de la mujer que estaba tras él. Los dedos de ésta empuñaban una fina «Browning».

Por el cañón de ésta aún surgía una suave columnita de humo.

Pero no era eso lo más increíble.

Había algo más. Algo más...

Al quitarse las gafas negras sus ojos aparecían sin ninguna cicatriz, sin ninguna mancha, sin ninguna impureza. Eran unos ojos que veían... ¡que le miraban! ¡Unos ojos que en cierto modo le estaban acariciando!

—Pero... pero Symphony... —dijo él, mirando a la mujer que acababa de salvarle la vida.

—No me llames Symphony. Ese no es mi nombre.

—Pero entonces... Tú... tú no eres...

—La verdadera Symphony murió en el golfo Pérsico a causa de los salvajes tratos —dijo ella con voz cortante—. Yo era su mejor amiga y me propuse vengarla. Conté para ello con la ayuda de un alto funcionario del consulado norteamericano, quien me facilitó los documentos que pude necesitar. Contaba también con el tiempo que había pasado fuera de Estados Unidos y con mi físico parecido al de Symphony.

—Pero con eso... ¿cómo pensabas vengarla?

—Más de uno de los que apresaron a Symphony duerme bajo las arenas del desierto —dijo ella siniestramente—. Me faltaba acabar con el jefe que ordenó asesinarla, y sabía que lo encontraría en Florida. Él se sorprendió al ver en el club a una chica con los ojos quemados y preguntó quién era. Ese detalle debía haberte llamado la atención, Jess. Si él me hubiese hecho abrasar los ojos poco antes, ¿cómo podía preguntar quién era yo? Señal de que no me había reconocido. Tú no caíste en ese detalle, Jess, ni siquiera después de matar a aquel canalla. Ni caíste en el detalle de que los cristales de mis gafas no eran tales cristales, sino láminas de plástico muy flexible las cuales yo podía presionar hacia adentro, haciendo que quedaran adheridas las membranas que tapaban mis ojos, los que por lo tanto quedaban libres hasta que me volvía a poner las gafas. Por tanto, con un simple gesto en determinados momentos, yo podía ver. Algunas punterías casi fabulosas debieron llamarte más la atención, querido.

Él se pasó el dorso de la mano por la frente.

Sudaba.

Con voz donde parecían fallar las fuerzas preguntó:

—Cuerno, pues si veías, ¿por qué no me has ayudado a mí un poco más?

—Te he ayudado en el momento decisivo, Jess. Antes, la verdad es que no he tenido tiempo. Los acontecimientos han sido tan rápidos que...

—No hacen falta explicaciones. No te las pido. Te debo la vida y basta. Pero ahora, ¿qué cuernos piensas hacer? ¿Vas a liquidarme a mí también con esa «Browning»?

—¿A ti? ¿Liquidarte con una «Browning»? No, hombre, no... A ti pienso liquidarte de otra manera.

No hacía falta ser muy listo para adivinar qué manera sería ésa. Y a Jess Malone le pareció bien. Muy bien. Pero qué muy bien...

F I N

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS. Impreso en España